

# **HOJEANDO LA HISTORIA ANTIGUA**

**IGNACIO ELENES GAXIOLA**

# **HOJEANDO LA HISTORIA ANTIGUA**

**IGNACIO ELENES GAXIOLA**

**HOJEANDO LA HISTORIA ANTIGUA**

**IGNACIO ELENES GAXIOLA**

Todos los derechos reservados por el autor.  
Registro en trámite ante la Dirección General  
de Derechos de Autor de la SEP.

**Primera edición:**

Centro de Estudios Históricos del Noroeste A.C  
Campus Culiacán  
Diplomado en Geografía e Historia de Sinaloa  
Culiacán Rosales, Sinaloa  
Agosto 2007  
Un mil ejemplares  
Biblioteca digital de Historia Sinaloense  
Diciembre 2009

**Creativos7editorial:**

Baila 871 Col. Gral. Antonio Rosales  
Culiacán Rosales, Sinaloa, México  
C.P. 80230 Tel. 01667-7521158/6671757817  
e-mail: creativos7editorial@hotmail.com

**Diseño editorial:**

Pablo Reynaldo Pacheco Moreno

**MATERIAL CON FINES ACADEMICOS**

**Los libros hacen hombres libres.**

Hecho en Sinaloa-México  
Printed in Sinaloa-México

## INDICE

Noticia del autor: Don Ignacio Elenes Gaxiola.....	I
Preámbulo.....	V
1.- El origen de los sinaloas.....	1
II.-Etimología de Sinaloa.....	5
III.- Nuño de Guzmán: La víbora que cayó del cielo.....	9
IV.- El recorrido de la muerte o la Conquista de Sinaloa.....	17
V.- Sebastián de Évora, Encomendero del Río Mocorito.....	27
VI.- Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, El andariego.....	31
VII.- Expedición de Francisco Vázquez de Coronado.....	39
VIII.- Expedición de Francisco de Ibarra.....	43
IX.- Fundación de la Villa de Sinaloa.....	61
X.- Diego Martínez de Hurdaide: El brazo armado de los jesuitas.....	69
XI.- La conquista del Yaqui.....	75

## NOTICIA DEL AUTOR

Don Ignacio Elenes Gaxiola

**I**gnacio Elenes Gaxiola, hermano de Herlindo, nieto de Ildelfonsa Femández de Elenes y sobrino de Miguel Fernández Mix, caudillo duranguense que se distinguió en la lucha por la independencia de México y que después cambiaría su nombre por el de Guadalupe Victoria, con el cual llegaría a ser conocido como Primer Presidente de México,. es un mocroritense ilustrado por cuyas venas corría sangre olorosa a tinta, transformada en letras y convertida en libros, aspirando una atmósfera plena de oxígeno cultural.

Miembro de una familia, cuya participación se distinguió en las luchas sociales del pueblo mexicano celebradas durante los siglos XIX y XX, la vida de Ignacio Elenes Gaxiola no es concebible fuera del ámbito político y cultural siempre alineado con las mejores causas de la república. Legítimo heredero de las luchas que sus familiares entablaron contra el primer imperio mexicano encabezada por Agustín de Iturbide, también recibió el eco del liberalismo juarista y del enfrentamiento contra los intervencionistas franceses, naciendo en el apogeo porfirista, llegando a desarrollar un vigoroso sentimiento antidictatorial,

del cual Herlindo, su hermano, es el mejor ejemplo de una demostración mañanera, que habría de impactarlo y llevarlo a los campos de batalla, siguiendo la figura del muchacho mocroritense que desató el torbellino social mexicano de principios del siglo veinte: Rafael Buelna Tenorio.

En base a las referencias publicadas por quienes le trataron y conocieron, como lo fue el Dr. Enrique Peña Gutiérrez, sabemos que contaba con una magnífica biblioteca que escudriñaba minuciosamente hasta encontrar los sucesos más relevantes del acontecer histórico. En "El Cóndor de Mocrorito" está escrito que día decidió dejar la "Atenas de Sinaloa" para ir a la Sierra del Nayar y cuadrarse a las órdenes del Gral. Rafael Buelna, quien lo integró inmediatamente a su Estado Mayor nombrándolo "corresponsal de guerra", cargo con el cual redactó una serie de artículos que fueron publicados en periódicos regionales cuya colección guardada celosamente por buenas manos, espera el momento de la edición, brindando luz sobre los sucesos militares que dirigió "El Granito de Oro". Su regreso a Mocrorito, obedeció a una razón imperiosa: la pérdida de sus piernas en una cruenta batalla, resultado inolvidable de un acercamiento que estuvo más allá de la línea permitida a un corresponsal que,, pretendió convertirse en testigo fiel de aquel suceso militar.

Por medio de Ramón Velásquez, en sus valiosos "Apuntes de Mocrorito",, sabemos que Ignacio Elenes fue un distinguido y entusiasta colaborador en todas aquellas empresas que apuntaron al engrandecimiento de la sociedad mocroritense, participando activamente en los procesos electorales, y si bien nunca alcanzó los primeros planos, se mantuvo presente en todas

las fórmulas ganadoras durante un largo tiempo. El mismo autor lo describe como integrante del famoso Club de las Fieras, disfrazando su persona con la figura del "gato montés", conociendo con ello otra faceta de su notable personalidad. Igualmente es digno de reconocer su decisión de evitar la destrucción del "portal de los peregrinos", entablando una seria polémica a través del periódico, con la autoridad del Distrito, evitando una atropellada decisión que nos hubiera dejado sin esta hermosa herencia colonial mocořitense.

Deseoso por mantener vivo el recuerdo y la historia de su terruño, orientó con entusiasmo el afán de investigar sobre los personajes y procesos sociales de la región del Evora, saliendo satisfechos de su entrevista quienes se decidieron a hacerlo; en pos del mismo objetivo también decidió incursionar en el campo de las letras, escribiendo una de las obras más diáfanas sobre el acontecer regional: *Hojeando la Historia Antigua de Sinaloa*, que ve sus primeras luces en el año de 1934, editándose en la famosa imprenta "Mocorito" que se instaló en el poblado de Guamúchil, ofreciéndonos una visión ampliamente documentada acerca de tres importantes momentos de nuestra historia regional: La Prehispánica, la Conquista y la Colonia, ubicando los sucesos en la vieja Provincia de Sinaloa, escenario de fúricas batallas sostenidas entre los primitivos pobladores de estas tierras y los extranjeros invasores deseosos de "hacer la América", amasando su fortuna con sangre rebelde y libertaria..

*Hojeando la Historia Antigua de Sinaloa* es una apretada síntesis de nuestro devenir regional, elaborada con natural sencillez que hace de esta obra

un perfecto material de apoyo didáctico, fácilmente asimilable por quienes desean conocer los sucesos de mayor trascendencia en esta sociedad regional.

En la presente edición, auspiciada por el Honorable Ayuntamiento de Mocorito, se titulan cada uno de los once capítulos que la integran, ilustrándose también con la intención de hacer de esta magnífica obra, un libro más atractivo para los lectores, motivándolos con ello a su cabal lectura.

Después de una afanosa vida dedicada al comercio, a la lectura y a la participación en los quehaceres de la política y las obras de beneficio social, Ignacio Elenes Gaxiola murió el bisiesto de 1944, descansando sus restos mortales en el histórico panteón Reforma de Mocorito, donde cincuenta y tres años después llegaría su amigo Enrique Peña Gutiérrez, haciéndose desde entonces mutua compañía y compartiendo la vecindad de sus sepulcros.

## PREAMBULO

Nada cautiva más a los espíritus cultos e investigadores que la atracción que ejerce el conocimiento de hechos pretéritos que miramos, vagos o borrosos, a través de los años, con incitante curiosidad, circuidos de relieves históricos, y más cuando ellos han sucedido en nuestro propio solar. Pero si esta clase de estudios enajena el espíritu y solaza y deleita nuestra inquieta curiosidad, no es poca la satisfacción que se experimenta al penetrar con la imaginación, a épocas distantes de las nuestras, en que se mueven y agitan hombres y sucesos que han ejercido en nuestra vida una influencia decisiva y señalado derroteros a nuestros destinos, fijando el lugar que nos corresponde en el ejército de obreros de la civilización.

Tal nos pasa al hojear la Antigua Historia de Sinaloa, muy poco conocida y difundida, tanto por la escasez de documentos de primera mano que nos dejaron los jesuitas -los mejores y únicos tal vez- como por el poco cuidado que han tenido los gobiernos de conservar tales documentos impresos y manuscritos o de mandarlos publicar o reimprimir. En cuanto a la historia inmediatamente posterior a la Independencia Nacional, sólo el Lic. Don Eustaquio Buelna, ha dejado algunos ligeros apuntes, mas bien efemérides que comprenden hasta el año de 1882, y del período de la intervención francesa, una historia mas documentada y extensa. También el Lic. Francisco Javier Gaxiola escribió una historia relativa a la intervención

americana, que contiene preciosos documentos de aquella época tan aciaga para la República y hasta cierto punto, vergonzosa para Sinaloa.

El Lic. Eustaquio Buelna también escribió, extractando, un poco de la historia antigua; pero a la fecha las ediciones respectivas de las obras de uno y otro letrado, se han agotado o existen pocos ejemplares que por su número no concurren a la difusión de los hechos de que tratan. Esta es la causa de que el autor de éstas hojeadas se haya propuesto escribirlas, extractando del Lic. Eustaquio Buelna y de otros, los principales hechos de la conquista de Sinaloa.

No llevan ningunas pretensiones y sí muchas faltas que el autor no ha tenido tiempo para corregir, dado que han sido escritas de carrera y en ratos muy limitados de descanso, sin consultar, como deseaba, autores mas extensos, como indudablemente lo son las obras de los primeros jesuitas que vinieron a estas partes a la conversión de sus naturales y las Relaciones que algunos conquistadores dejaron escritas sobre la materia.

Al publicarlas ahora en forma de libro, sólo deseamos con ello difundir un poco los conocimientos de los principales hechos de la conquista y puesto que no nos lleva otro objeto, creemos que el público las acogerá como una pequeña aportación a la difusión de aquellos importantes hechos históricos.

## 1 EL ORIGEN DE LOS SINALOAS

El origen de los Sinaloas es completamente ignorado, lo mismo que la procedencia de su idioma. Sin embargo, el Lic. Eustaquio Buelna se atreve a aventurar una hipótesis, diciendo que tal como el cahita es conocido, debió haberse formado y modificado por el de los nahoas o aztecas, que influyó sobre el de los aborígenes; y al efecto, en su obra "Peregrinaciones de los Aztecas y Nombres Geográficos Indígenas de Sinaloa" intenta demostrar, que los aztecas vinieron de la legendaria Atlántida, y en su peregrinación al sur de los Estados Unidos, se situaron en las riberas del río Gila, habiendo permanecido allí durante diez siglos, y naturalmente, debieron ejercer influencia en las naciones comarcanas, cambiando su constitución social y la índole de sus idiomas, porque -dice- "es ley de las sociedades que las más ilustradas preponderen sobre las que lo son en grado inferior, preponderancia que se resuelve comúnmente en conquistas, en influjo dominante, o en luz y enseñanza para éstas últimas. No consta de qué manera o hasta qué punto la ejercieron los nahoas sobre sus vecinos, -pero ella fue un hecho, que ha quedado comprobado con una de sus huellas más visibles y duraderas, la infiltración del náhuatl en los vecinos indígenas, que se hablaban, desde el renombrado río donde ellos residían, hasta el exiguo de Mocerito, extremo límite a donde extendieron por entonces su predominio. El

ópata, el pima, el eudebe, el tarahumar, el tepehuán, el cahita y otros más, comprendidos en el área territorial indicada, son el producto evidente de esa mezcla, y están todos ellos tan ligados con el idioma dominante, que han sido clasificados por sabios filólogos como miembros de una misma familia lingüística, procedente del grupo llamado mexicano-ópata .....

"En 544, acosados éstos (los nahoas) por la guerra incesante que sostenían contra los apaches y muchas naciones confederadas, determinaron emigrar, para ir en busca de países más tranquilos, y arrancaron, digámoslo así, de cuajo sus hogares, fraccionándose en grandes grupos, siguiendo rumbos diferentes y caminando en masa, como solían hacerlo las naciones de la antigüedad, lo que explica por qué no subsisten en el suelo abandonado ni aún los nombres de los pueblos que habitaron. Ese extraordinario acontecimiento no sólo fue trascendental a la suerte de los emigrantes, sino que un poco mas adelante dio lugar a una evolución importantísima en la parte Sur del Estado de Sinaloa, comprendida entre el territorio que hoy ocupa Culiacán y el río de las Cañas, límite con Jalisco. lo que yo llamaría la Nueva Sinaloa, porque fué después comprendida en la antigua provincia de éste nombre".

Los toltecas y otras tribus o familias, que formaban uno de dichos grupos, salieron de la ciudad de Tlapallán, que se supone, estuvo situada en la confluencia de los ríos Gila y Colorado, siguieron su ruta al Suroeste por la costa del Golfo de California, y después de un viaje de ocho años, durante las cuales libraron combates para abrirse paso por entre tribus hostiles, llegaron en 552 a un sitio, en que descansaron con tranquilidad, fundando allí la

ciudad de Tlapallancoco, en memoria de Tlapallán la vieja, o Huehuetlapallán, que habían dejado atrás; sitio que «Peregrinación de los Aztecas y Nombres etc..»-procuré probar, que no era otro que aquel que después se llamó por los aztecas Colhuacán o Culiacán, a orillas del Humaya....

“En el tránsito por el territorio sinaloense, en la parte meridional a que vengo refiriéndome, sólo debieron encontrar hordas salvajes, que sometieron o ahuyentaron por completa, dejando núcleos de población con individuos de su misma raza, los cuales se multiplicaron y poblaron la tierra, formaron diferentes señoríos y extendieron su idioma, que con el tiempo sufrió algunas alteraciones y quedó convertido en dialecto, del que habían heredado de sus abuelos y se hablaba en el Valle de México”.

“Que los peregrinantes sólo encontraron allí salvajes, se infiere de esta circunstancia notable, que los aborígenes no dejaron en pos de sí el menor recuerdo histórico ni rastro alguno etnográfico, lo que comúnmente sólo sucede a las asociaciones del todo bárbaras y sin gobierno; y que los primeros fueron los que poblaron el territorio expresado, ahuyentando o sometiendo a los segundos, lo demuestra el hecho notorio de que, al tiempo de la conquista española, todo en esa región era nahoa, los recuerdos tradicionales, la lengua y los nombres del lugar, si se exceptúan muy pocos pueblos de lengua y raza desconocidas, de que hacen mención las relaciones contemporáneas a la conquista española. ”

Siendo pues los Toltecas los únicos de la raza nahoa que pasaron por aquella parte de territorio sinaloense, es evidente que a ellos se debe su transformación del estado salvaje al plano de

civilización relativa en que fueron encontrados, plano superior al que encontraron a las tribus cahitas.

Desde el río de Sinaloa para el Sur, se empiezan a notar nombres de marcada filiación nahoa, aumentando desde Culiacán hasta el río «Cañas» y no podía menos de ser así, cuando esa fue la tierra donde vino a establecerse y prosperar de nuevo el idioma transferido del Gila.

## 2 ETIMOLOGIA DE SINALOA

**E**n su citada obra «Nombres Geográficos Indígenas de Sinaloa», el Lic. Eustaquio Buelna da la etimología del nombre SINALOA, así: «de sina, cierta especie de pitahaya, y lobola, cosa redonda; de manera que el nombre de sinalóbola viene a quedar por metaplasmo en sinaloba, significando: «pitahaya redonda». El nombre lo recibió el Estado de los indios sinaloas que habitaban en las márgenes de el río de El Fuerte.

La primitiva Sinaloa de los naturales, la comprendía el territorio situado entre los ríos Yaqui, en Sonora, por el Norte: el de Mocorito por el Sur, y las estribaciones de la sierra hasta la orilla del Golfo de California.

Sus habitantes hablaban el idioma cahita, del cual, el jesuita Juan Bautista de Velasco, nos ha dejado un Arte de la Lengua y un vocabulario, que los escribió a fines del siglo XVI o a principios del siguiente. Velasco vino a evangelizar estas regiones en 1593, encargándose de la administración espiritual de los pueblos situados en el río de Sebastián de Eborá, Mocorito, Orabato y Bacubirito, el segundo desaparecido, según parece, y de ubicación ignorada, pero probablemente situado al Norte de la actual población de Mocorito. Murió en 1613, y su cuerpo fue trasladado a la villa de Sinaloa, en cuya iglesia se sepultó”.

El idioma cahita tiene tres dialectos: el Yaqui y el Mayo, que lo hablaban y hablan los naturales de ambas márgenes de los ríos de sus nombres, en Sonora, y el Tehueco, hablado por los moradores de los ríos de El Fuerte, Sinaloa y Mocorito, de su parte media a la costa. Próximas a la sierra habitaban otras naciones que hablaban diferentes lenguas; y tanta analogía y conexión tienen aquellos dialectos entre sí, que el que hablaba o habla uno de ellos, fácilmente se hace entender de los que hablan los otros.

No tenían religión, y en algunas regiones adoraban el Sol, sintiendo un temor supersticioso por los hechiceros, cuya superstición aún no desaparece del todo, entre muchos individuos de procedencia indígena. En algunas regiones acostumbraban la antropofagia, más en las zonas próximas a la sierra; en otras tenían la costumbre de descuartizar a los prisioneros de guerra y colgar de cordeles, en sus casas y enramadas, los miembros de sus cuerpos como trofeos.

Como armas ofensivas utilizaban el arco y la flecha, y el herido con ésta no tenía remedio si recientemente había sido envenenada la punta; usaban también la macana de palo y picas de Brasil, y como defensiva una adarga generalmente de piel de caimán. Cuando emprendían alguna campaña, se pintaban la cara y algunas otras partes del cuerpo, poniéndose en la cabeza, como adorno, plumas de pájaro, especialmente de guacamaya.

Entre ellos se respetaba mucho la virginidad en la mujer, y en algunos pueblos se colgaban éstas una concha de nácar como distintivo de su estado.

Andaban libremente por los montes, y aún se trasladaban solas de uno a otro pueblo, sin temor

de ser ultrajadas ni de que les faltaran los hombres. Cuando se casaban no lo hacían sin consentimiento de sus padres, y en presencia de éstos y de otros parientes, el novio les quitaba la concha que traían colgada.

Sólo los caciques acostumbraban o podían tener varias mujeres, y las repudiaban cuando se les ocurría, sin miramientos ni formalidades de ningún género. Entre los hombres y sólo en algunas regiones, se usaba «el concúbito contra naturaleza»; pero donde era muy tolerado y “autorizado”, fue entre los indígenas de las provincias de Chametla y Culiacán. No tenía leyes ni gobierno, y «la autoridad de los caciques sólo consistía en ciertas distinciones personales y en la facultad de convocar las asambleas del pueblo para declarar la guerra o concertar alianzas». En estos casos encendían una hoguera y se sentaban en cuclillas al rededor de ella. El cacique, dando vueltas en el interior de la rueda así formada, les peroraba las novedades y los demás resolvían lo que debía hacerse.

A creer a Baltasar de Obregón, que anduvo en estas tierras como tres años del séptimo decenio del siglo XVI con el conquistador Francisco de Ibarra, el número de indios que habitaban esta región hasta el río de El Fuerte, era de treinta mil. La tierra producía maíz, calabazas y frijol, de lo que se alimentaban, así como también de raíces y hasta de cortezas de árbol en ciertas circunstancias.

Estos eran los indígenas que moraban en lo que es el actual territorio sinaloense hasta el río Yaqui, y éstos los pueblos que vino a conquistar Nuño de Guzmán, Presidente de la primera Audiencia de la Nueva España, y antes Gobernador de Pánuco, donde, como en Sinaloa, dejó una memoria execrable por sus

crueldades con los naturales. El ilustre historiógrafo y arqueólogo Lic. José Fernando Ramírez, conocedor muy perito de nuestras antiguallas, escribió una biografía de este personaje, en la que trató de reivindicar su memoria; pero fueron inútiles todos los esfuerzos de erudición y dialéctica con que lo adornó: Nuño de Guzmán será y seguirá siendo uno de los más crueles conquistadores que vinieron a México y será imposible borrar la estela de infamias que dejó a su paso por Pánuco, Jalisco y Sinaloa.

### 3

## NUÑO DE GUZMAN: LA VIBORA QUE CAYO DEL CIELO

**N**uño de Guzmán, siendo gobernador de la Provincia de Pánuco, que comprendía gran parte del territorio noreste de la actual República Mexicana, incluyendo a Nuevo León, fue nombrado por el rey Carlos V, Presidente de la Primera Audiencia de la Nueva España, con la principal encomienda de residenciar a Cortés. De Pánuco pasó a la capital para tomar posesión del empleo, y desde luego se declaró enemigo implacable del conquistador extremeño. En su Gobernación de Pánuco cometió horrendas crueldades con los indígenas, herrándolos, quemando sus pueblos y vendiéndolos como esclavos en las islas de las Antillas; los mutilaba, dejándoles colgadas las orejas y la nariz, y ante tanta infamia, a que los indios no estaban acostumbrados, apelaron muchos al suicidio, que era desconocido entre ellos, como medio para librarse a tan crueles castigos. En la capital de la Nueva España, fomentó decididamente la corriente de opinión que se manifestaba en contra de Cortés, y no perdía ocasión para molestar a éste y a sus partidarios. Tuvo enconadas contiendas con el clero, y particularmente con el Obispo Zumárraga, primero de México, tomando mucha parte en ellas como instrumento, el malvado intérprete García del Pilar. A los pocos días de estar en México, mandó llamar y a pedirle oro y plata a Caltzonzin, rey de Michoacán,

quien, al tomar Cortés posesión de Tenochtitlán, desde luego se sometió ofreciendo obediencia y tributos al rey de España. Opina el Lic. Fernando Ramírez, que Guzmán, con el fin de borrar la mala impresión que sus actos y contiendas en la capital de Nueva España causaron, pensó y llevó a efecto, acometer empresas de conquista que igualaran o sobrepasaran a las del caudillo extremeño, y así, llevó a cabo la de Nueva Galicia y Provincias Internas de Occidente. El citado García del Pilar lo acompañó en ellas hasta Culiacán, y escribió una Relación sobre estos hechos.

Este sujeto vino a Nueva España como paje de Cortés, de edad de 18 años, y sólo se distinguió por sus maldades y fechorías, sirviendo de intérprete después de la toma de la capital azteca. Fue testigo en las averiguaciones que se practicaron cuando se estaba residenciando a Nuño de Guzmán, y antes de terminar sus declaraciones, se enfermó gravemente y sucumbió. Sin embargo, nos da los detalles de la marcha de Nuño de Guzmán desde su salida de la ciudad a la conquista de la Nueva Galicia, muy especialmente los relativos al suplicio y muerte del infortunado Caltzonzin y dos de los principales señores de su reino. El proceso respectivo (de Nuño de Guzmán) lo publicó el referido Lic. Ramírez, y para no defraudar al lector, copiamos algunas partes de las declaraciones de García del Pilar, relativas a los principios de esta expedición y al suplicio del rey ya mencionado. La declaración fué rendida ante la Audiencia el día 24 de enero de 1537 Preguntado que cómo se sabe (que le trajeron a Guzmán oro, plata y alhajas que le mandaba Caltzonzín) dixo, que por que vído venir los yndios y dar el dicho oro al dicho Nuño de Gusman y el recibirlo y que «oyo dezir a los yndios que el dicho Cazolzi

se lo enviaba y que este testigo fue el intérprete de ello y que asimismo sabe que dende a pocos días los dichos yndios se despidieron y se fueron a Mechoacan y el dicho Nuño de Gusman envió a dezír al dicho Cazolzi con ellos y questo testigo se lo dixo que toda vía viniese Cazolzi que lo quería ver y que en la venida trajese mucho oro y plata cuando viniese y que el Cazolzi vino dende pocos días y que trajo en tejuelos y plata y en rodela hasta doscientos de marcos de plata poco mas o menos y que traía hasta un mil pesos de oro en platos tejuelos y alforcas de brazo y que mediante este testigo por lengua e intérprete riñó el dicho Nuño de Gusman con el Cazozi porque no servía bien la Provincia de Mechoacan y lo mando prender y lo entrego a Plasencia y a Lobon difunto sus criados (ordenándoles) que lo tuviesen preso en una cámara dentro de la posada del dicho Nuño de Gusman y que allí lo tuvieron preso los sobre dichos dos o tres meses poco más o menos y durante este tiempo este testigo fue muchas veces por mandado de Nuño de Gusman a ver a dicho Cazolzi y a meterle temores que sí no le daba cuanto tenia que lo había de quemar, y que dicho Cazolzi decía que le enviaría «todo» el que pudiese y que después de esto el dicho Cazolzi fue llevado por Nuño de Gusman a la conquista de los tultecas (teules), y chichimecas, y después que el dicho Nuño de Gusman llevo a la ciudad de Huitzitzila, dende siete días a ocho días, el dicho Nuño de Gusman prendió al dicho Cazolzi y lo tuvo preso en el retrete de su cámara y que era muy angosta, y que estuvo preso quince o veinte días y que en este tiempo este testigo por mandado del dicho Nuño de Gusman fue a decir al dicho Cazolzi que díese al dicho Nuño de Gusman, oro y plata que

estaba preso en el retrete, y «llevadIo a su posada y metedle temores, y acometedle a quemar los pies, y os pareciere quemadlos hasta que diga todo el oro y plata que tiene y de algunas minas de oro y plata;» y que asy lo llevaron, y que llegando a la casa de Cazolzi el dicho Godoy que era alcalde mayor y justicia en la ciudad dixo a este testigo que por allí había muchos yndios y no los matasen, que se quedase uno en la puerta del aposento con una ballesta armada y vido como dicho Godoy comenzó a atar a dicho cazolzi, y que estando desnudo en carnes vivas hizo traer lumbre, y que en esta sazón llegaron los padres de San Francisco con un crucifixo con una toca de luto y que este testigo de verguenza se aparto afuera y se fue a su posada, y los dejó con dicho Godoy y Cazolzi y que a la mañana pegunto este testigo al dicho Godoy lo que había pasado el cual le dixo, que habían reñido él y los frailes y que habían tomado a la prisión al dicho Cazolzi, y que lo entrase a ver, y que lloró el dicho Cazolzi con este testigo, diciendo que no había hecho mal a ningún Chrístiano, que porque lo trataban mal? ... ..y que llevo consigo (Guzmán) al dicho CazoIzi y a D. Pedro y D. Alonso principales señores en la dicha provincia, llevando al dicho Cazolzi en manera de preso y los principales que con el iban. . .... vido que los naturales, que fueron de la dicha provincia de Mechoacan, que al parecer de este testigo, serían cuatro o cinco mil hombres, iban todos o apremiados «y por fuerza atados y aprisionados» en poder de los españoles que así iban encadenados y (con) collares a los pescuesos. Y después de esto dende a días el dicho Gusman hizo que acusasen al dicho Cazolzi, y dio sentencia contra él para que lo quemasen vivo y que asi lo sacaron y lo ataron a un palo, y que ahí

estando atado y cercado de leña el dicho Cazolzi dezia muchas palabras diciendo que él no era «en cargo» [culpable] de nada de lo que decían, y que lo mataban con injusticia, y que estando como dicho tiene atado, con lágrimas llamaba a Dios y a Santa María; y que llamó a un yndio D. Alonso, y le habló un poco, y que este testigo preguntó a la lengua que estaba junto con el, que era Juan Pascual, y le dijo que había dicho, y que le dijo: ¿sabeis que dice? Que vea el galardón que le dan los Christiaños, y Nuño de Gusman en paga de los servicios que le hizo, y del oro y plata que le había dado, y habiendo dado la tierra en paz y sin guerra, que le mandaba que después de quemado cogiese los polvos y cenizas de él, que quedasen y los llevasen a Mechoacan, y que allí hiciese juntar a todos los señores de la dicha provincia, y que les contase lo que había pasado, y que lo contase todo y que viesen el galardón que le daban los Christiaños y que les mostrase su ceniza, y que las guardasen y tuviesen en memoria. Y que esto le dijo el dicho Juan Pasqual Nahuatlato, y que luego pusieron fuego a la leña, y comenzó a arder, y así quemó a dicho CazoIzi, hasta que naturalmente perdió la vida.”

La infame acusación que se hizo en contra el infeliz Caltzonzin tenía que estar en armonía con el sentido moral del que tan empeñosamente lo había saqueado: se le imputó el delito de conspiración. Guzmán fué su juez y su verdugo.

Después de este bárbaro suplicio, se dirigió la expedición al territorio de Jalisco. En él, cerca de Ocotlán tuvo un encuentro con los naturales, que vencidos, decidió la sumisión y dominio de aquel territorio. En seguida de este hecho, cometió el letrado conquistador un acto de salvajismo, muy

socorrido por aquellos hombres, consistente en que, habiéndose llevado preso a un anciano muy obeso, que era cacique de un pueblo de Jalisco, en cierto lugar, se lo echó a un perro de los que acostumbraban llevar en esas expediciones los españoles, el cual lo mordió gravemente, no sabiendo Nuño de Guzmán si murió o vivió, después de tan reprochable hecho.

Entre los sometidos en Jalisco, figuró la cacique de Tonalán, que reconocían aquellos indígenas como soberana; quien los recibió con regocijos y fiestas. Pero esta sujeción y ostentosos festejos, disgustaron sobremanera a los naturales que de tal modo disponía la cacique de su independencia, y reuniéndose en una junta en la plaza de Tetlán, resolvieron hacer la guerra a los españoles. El encuentro que tuvieron con éstos, fue muy encarnizado y sangriento, y duró tres horas. Es seguro que los españoles se vieron muy apurados en éste encuentro, pues fue necesario que viniera en su auxilio el Apóstol Santiago, que siempre sacaba de esta clase de apuros a los hijos de Pelayo. El Lic. Ramírez, ya citado, copia lo que dice el cronista español Herrera sobre esta batalla, y es, no sin cierta sorna, lo siguiente: “..... sacaron la lanza de las manos de Guzmán, y le dieron buenos palos, como él mismo lo confesó; y que su mayordomo dijo que se había apeado a ponerle los pies en los estribos, porque los había perdido, Este fue el conquistador que, asolando pueblos y aperreando indios, invadió Sinaloa en 1531. El señor Ramírez lo disculpa copiando los versos de don Manuel José Quintana:

Su atroz codicia, su inclemente zaña,  
crímenes fueron del tiempo, y no de España.

La carrera de crímenes e infamias con que Nuño de Guzmán dio principio a su expedición de

conquista, no terminó ni aun después de su vuelta de Culiacán a Jalisco, pues refieren algunos cronistas, que en su curso quemó no menos de ochocientos pueblos indígenas, herrando a muchos de éstos y vendiéndolos como esclavos a razón de un peso cada uno para sacar el quinto del rey. Pero tales atrocidades no quedaron sin castigo, pues que, habiendo llegado a conocimiento de Carlos V, su inhumana conducta con los naturales, y durante su permanencia en México, mandó que se le procesara en 1535, siendo su juez el Lic. don Diego Pérez de la Torre, su sucesor en el gobierno de Nueva Galicia. Estuvo preso durante un año en la Ciudad de México, y de la cárcel de las Atarazanas, donde estuvo, se remitió a la península y de allí fue desterrado a Torrejón de Velasco. Murió en el destierro, en la mayor miseria, siendo inútiles todos sus esfuerzos porque se le oyera en defensa y se le admitieran sus descargos. Sus amigos y parciales, en los tiempos de su venturanza, permanecieron indiferentes ante sus desgracias, y pasó a mejor vida en el año de 1544. Esto dicen algunos cronistas casi contemporáneos de Nuño de Guzmán; pero el Lic. Eustaquio Buelna refiere en una nota, que encontró en el tomo 29 de la "Colección de Documentos inéditos del Archivo de Indias," que el 3 de julio de 1548, Nuño de Guzmán otorgó un poder a Melchor Vivar, así como también "varios escritos suyos y notificaciones que se hicieron a él personalmente en el año referido y en el siguiente."

## 4

**EL RECORRIDO DE LA MUERTE O LA  
CONQUISTA DEL NOROESTE**

**E**l Presidente de la Audiencia salió a la conquista de la Nueva Galicia, el 22 de diciembre de 1529, con 500 españoles, montados e infantes, y poco más de ocho mil indios auxiliares, aprovisionados de suficientes mantenimientos, y del 15 al 20 de julio del siguiente, acampó en Aztatlán, del hoy Estado de Nayarit, habiendo devuelto desde aquel pueblo para la capital de Nueva España, a Pedro Almíndez Chirinos, su segundo en el mando del ejército, a Juan de Burgos y a Cristóbal de Barrios; providencia que siguió por haber recibido noticias de sus compañeros en la Audiencia, de la próxima vuelta de Cortés a Nueva España. En aquel lugar sufrieron los españoles una inundación que sobrevino después de llover copiosamente durante dos días: los ríos crecieron mucho, de tal manera que, jinetes e infantes buscaban desesperados árboles y alturas donde guarecerse para no perecer ahogados, pues las aguas habían invadido cerca de cinco leguas a los lados de la corriente normal. Los fardajes y víveres que traía el ejército se perdieron casi totalmente, pereciendo muchos de los indios auxiliares y algunos españoles. Solamente de los primeros se perdieron en la inundación más de siete mil, arrastrados por la furia torrencial de las aguas, y otros perecieron de enfermedades y de hambre. El conflicto en que tal fenómeno (cyclón tropical) metió

a Nuño de Guzmán, fue muy apurado; y para atenuar sus desastrosos efectos en cuanto fue posible, mandó por auxilios y socorros a la Ciudad de México, a Juan Sánchez lugar, trajera ganados e indios. Este López cumplió inhumanamente su cometido: herró como mil indios y asesinó hombres, mujeres y niños indígenas en gran número, haciendo ostentación de crueldad. Entre tanto, Nuño de Guzmán mandó sobre Chametla a uno de sus capitanes con una fuerza de 50 soldados, y en el primer pueblo que tocó de esta provincia sinaloense, atacó y venció a los naturales, que tuvieron que darse de paz.

Obligó a los indios vencidos a llevar a los españoles que quedaban atrás, muchas gallinas y otros mantenimientos que encontró en la tierra, los que remediaron un poco la gran necesidad que de ellos estaban padeciendo.

Permaneció Nuño de Guzmán en Aztatlán por espacio de cinco meses, lo que empeoró su situación, pues Gonzalo López no había vuelto a Michoacán, y las enfermedades seguían cegando la vida de su ejército. Determinó dejar el campo y seguir su marcha hasta Chametla, cargando con los enfermos, de los cuales muchos murieron en el camino, y otros, desesperados de tanto padecimiento, se ahorcaban de los árboles. Para emprender esta marcha, mandó llevar indios de la provincia sinaloense, para que cargaran la impedimenta, dejando dispuesto que la carga que quedaba en el real, fuera conducida por los indios que debía traer Gonzalo López., Los de Chametla sufrieron mataduras por el peso de la carga que conducían, y considerando que estos tratamientos no merecían ninguna consideración, para aliviarse de tan dura servidumbre y no continuar con ella, optaron por

revelarse y huir.

Los indios de Chametla recibieron a los expedicionarios de paz, proporcionándoles sólo quince días los mantenimientos de que podían disponer; pero temiendo que su permanencia en el lugar se prolongara tanto como en Aztatlán, y como era natural, les consumieran los artículos que tenían para subsistir, determinaron huir de los españoles llevándose todos los alimentos que pudieron. Tal conducta sublevó a Guzmán, quien mandó llamar a los principales señores con el fin de exigirles víveres y castigarlos en caso de que se resistieran a darlos; pero sólo uno concurrió. Más violento por aquella desobediencia, los mandó perseguir, dando orden de que mataran a los que aprehendieran, y quemaran a su pueblo. Al salir de la provincia, los españoles arrasaron con todo lo que pudieron, a tal grado que la tierra quedó asolada.

En Chametla se incorporó a la expedición Gonzalo López con muchos indios que trajo de Jalisco y Michoacán y ellos cargaron toda la impedimenta que el conquistador había dejado en Aztatlán. Estos pobres indígenas padecieron lo indecible con el inhumano tratamiento que les dieron los españoles: los hacían caminar con la carga a cuestras encadenados, atados unos de otros por el pescuezo, los herraron, se los alquilaban unos a otros y se los vendían como viles bestias de carga. En enero de 1531 emprendieron la marcha para más el interior del Estado, hasta llegar en pocos días a un pueblo que tenía por nombre Quezala, en donde se dieron cuenta de que sus naturales no hablaban la misma lengua ni las casas estaban edificadas como las de Chametla y más atrás. Pasaron un río de menor corriente que el de esta Provincia, el cual es según el Lic. Buelna, el río del Presidio o

de Villa Unión, "pues no hay por allí otro que mejor cuadre a la circunstancia indicada."

Poco tiempo permaneció la expedición en Quezala, siguiendo en seguida a Colipan, de donde continuaron a una estancia que los españoles llamaron de Los Frijoles, nombre que le dieron por haber encontrado en ella ese mantenimiento en abundancia. Sólo permanecieron en Los Frijoles quince días, esperando que los indígenas terminaran el camino más al Norte, pues hasta allí lo habían dejado expedito los mismos indígenas, y saliendo de aquella estancia, cinco días después llegaron a Piaxtla. Los indígenas de este pueblo les hicieron mal recibimiento, pues sólo después de algunos encuentros, en que los vencieron, se dieron de paz. En este pueblo encontraron en rincones de algunas casas, serpientes enroscadas que sacaban las cabezas por encima y por los lados, y supieron que los naturales se las comían y hasta les tributaban una especie de veneración.

En esta provincia fue la primera donde encontraron resistencia más formal, en Sinaloa, los expedicionarios españoles, y debido a su superioridad en armas y experiencia en las cosas de guerra, los vencieron fácilmente, como sucedió también en los demás encuentros que tuvieron en los otros puntos del territorio.

Encontraron en la provincia de Piaxtla abundancia de mantenimientos, así como también que las casas, a diferencia de las anteriores que conocían de otros pueblos, tenía techos de paja, estaban muy juntas y eran mejores que las de atrás, y las de los caciques, estaban cercadas con palo parado, que les servía como de fortín. En la provincia se cultivaba el algodón en mayor escala que en las anteriores, y sus

moradores se vestían “bien con la ropa que hacían de esa fibra”. Les llamó la atención la buena presencia de las mujeres, de las que los cronistas de aquella expedición, dicen que eran hermosas.

En este pueblo circularon algunos rumores fundados relativo a que los indios traídos del interior del país, pretendían amotinarse con el objeto de volverse a sus tierras, y Nuño de Guzmán, habiendo tenido conocimiento de ellos, mandó ahorcar al que aparecía como jefe y a otros más. Sin embargo, no evitó que un escuadrón de indios desertara, pero con tan mala fortuna, que a todos mataron los naturales, salvándose únicamente uno, huyendo al campo de los blancos.

Al salir del pueblo la expedición, quemaron sus casas, porque sus moradores no los habían recibido de paz, lo cual no fue más que un pretexto, pues eso mismo había hecho Nuño de Guzmán con muchos pueblos anteriores y lo siguió haciendo en el curso de su conquista.

Llegaron a un pueblo situado a orillas de un río, en donde encontraron mucha sal amontonada, por cuyo motivo le pusieron el nombre de Sal. Este pueblo estaba cerca de las salinas de Ceuta. El miércoles de ceniza estuvieron en Baila y de allí siguieron a Oso, continuando poco después al pueblo de Navito, situado a orillas del río de San Lorenzo, cerca del Mar de Cortés. Les extrañó no ver sino mujeres como pobladoras, lo cual les hizo pensar que se encontraban en un pueblo de amazonas; pero estaban equívocos en sus apreciaciones: los hombres habían salido de él con el objeto de reunirse y presentarles batalla. Le dieron el nombre mexicano de Cihuatán.

La lengua que estos naturales hablaban

era diferente a las que ya conocían: ninguno de los españoles, indígenas e intérpretes que los acompañaban, pudieron comprenderla. Se cultivaba en esta tierra el algodón y las mujeres se vestían con camisas de esta tela que ellas mismas hilaban; era fértil y había en ella abundancia de mantenimientos, por cuya circunstancia pensó Nuño de Guzmán, fundar allí una villa, lo que verificó dándole por nombre San Miguel de Navito. Quedaron en la nueva fundación algunos españoles para poblarla, como alcalde mayor el capitán Melchor Díaz y como cura el Bachiller Don Álvaro Gutiérrez. Pocos meses duró esta villa, pues en septiembre del mismo año de 1531, fue trasladada a la actual Culiacán.

Continuando su marcha por la Provincia de Culiacán, llegaron los españoles al pueblo de Quilá, donde para tomar posesión de él, tuvieron que combatir con los naturales hasta que los vencieron, y acto continuo, lo incendiaron.

Llegaron a un punto donde encontraron muchas flechas, esta circunstancia, le pusieron este nombre, tocando enseguida el de Cuatro Barrios, dos en cada margen del río de Culiacán, y que probablemente, por su analogía, es el mismo que hoy se llama Barrio, situado a la izquierda de dicho río. continuando su derrotero llegaron a un punto que llamaron el León, por haber visto allí uno de estos animales. Cruzaron la corriente del Humaya, y bajándola llegaron a Colombo, hoy desaparecido, pero que por su situación “comprendo -dice el Lic.Buelna- que debió existir donde hoy se extienden los terrenos de Mucurimi”.

Como avanzadas exploradoras, Nuño de Guzmán había mandado dos fracciones de caballería, las que pasaron la noche en dicho pueblo a la visa del

enemigo, y al siguiente día atacaron a treinta mil indios que intentaron impedirles el paso. Los persiguieron hasta más abajo de Culiacán, (Culiacancito), situado como a dos leguas de Colombo, habiendo hecho prisionero en esta persecución al señor o cacique de este pueblo, que era hermano del de Culiacancito.

Este mandó ofrecer a Nuño de Guzmán que iría a sentarse, pero no compareció, y en su lugar le mandó como obsequio "dos esclavos, una sarta de turquesas y unas mantas de algodón". A los tres días continuaron los españoles bajando la corriente del Humaya, hasta llegar a un pueblo que llamaron la Pescadería, donde pasaron la noche. Siguieron rumbo al Occidente por el Humaya, encontraron muchos pueblos, hasta ir a una región donde había esteros y manglares que nos los dejaron ver ni llegar a las aguas del mar.

Los conquistadores vieron la provincia muy poblada y sus habitantes de "muy gran razón, cortesanos en el vestir y muy delgados en sus tratos;" no faltaban grandes tianguis, donde se vendían o cambiaban ropas, maíz, frutas, etc., a semejanza de los de la ciudad de México. No conocían el oro. Algunos de los autores de Relaciones de esta conquista, dicen que conocían la plata y que las mujeres y señores principales, usaban turquesas como pulseras, llevándolas unas y otros en los brazos y en las piernas.

No pasó de allí Nuño de Guzmán, contentándose con mandar expediciones por diversos rumbos, permaneció en un lugar de la confluencia del Humaya y del Tamazula (Orabá, nombre indígena de este río) donde resolvió fundar la actual Culiacán; el 29 de septiembre de 1531, quedando con esta fundación, nulificada la de San Miguel de Navito, cuyos moradores,

blancos, se trasladaron a la primera citada, siendo alcalde mayor Diego Fernández de Proaño y cura el Bachiller Gutiérrez.

Nuño de Guzmán se volvió para Jalisco el 15 de octubre del mencionado año, dejando a los pobladores provistos de todos los mantenimientos necesarios y animales para cría, tales como yeguas, ganado vacuno, marranos y ovejas.

Cometió la infamia de dejar a gran cantidad de indios de los que había traído de México y otras partes, de esclavos, encadenados del pescuezo o metidos en cepos. Estas y otras vejaciones sin nombre, arrancaban a los infelices indios, llantos de dolor, pidiendo que no los dejaran y que les permitieran ir a reunirse con sus mujeres e hijos; pero todo fué inútil. "De mil doscientos tlaxcaltecas que don Nuño había llevado a la guerra, no escaparon con vida, sino veinte; sin embargo, los veinte quedaron, también encadenados, a excepción de dos que llevó consigo Gonzalo López". Autorizó a los españoles pobladores para que herraran indios y los redujeran a servidumbre, y con motivo de ello, el Gobernador Fernández de Proaño, cometió "espantosas crueldades". El Lic. Buelna, transcribe un párrafo del padre Beau Montt sobre estas atrocidades, y dice así: "Estando los miserables indios en sus tianguis y mercados, vendiendo y comprando con suma paz, echaba gente y soldados para que los acometieran, y mandaba aprehender a los indios más mozos y bien dispuestos, a los que herraban, metían en collera y vendían. De esto tomaban ocasión los mandones y principales, para cometer en la cobranza de los tributos inauditas crueldades y exorbitancias. Habían de llevar estos miserables indios los tributos a sus encomenderos, pagando la tardanza con la

esclavitud de sus hijos, y a ellos les clavaban los pies y las manos en los árboles con herraduras y allí los tenían hasta que perecían, pidiendo al cielo justicia. No pretendo aquí abultar los excesos de tiranía y crueldad que en esta conquista, se sino referir algo de lo que nos dicen todos los historiadores de aquellos tiempos, y por su atrocidad no se han podido disimular las que cometió y permitió a sus capitanes Nuño de Guzmán- Lo cierto es que, a vista de esas crueldades se alzó toda la provincia de Culiacán, y los indios de toda la costa quemaban sus pueblos y bastimentos. Más hacían todavía, pues mataban a sus propios hijos, por no poderlos llevar y se fueron precipitadamente a las serranías, huyendo del furor de un tal Pedro Bobadilla, quien, no menos cruel que Proaño, salía con unos lebreles, y como si fuera a cazar fieras y animales, daba sobre los indios con estos perros, que despedazaban a muchísimos. Los españoles honrados de aquella población quedaron tan necesitados de servicio y comida, que padecieron grandísimos trabajos.”

Depuesto Proaño fue condenado a la horca por sus crueldades; y perdonado de sufrir este castigo, por el ascendiente que ante Nuño de Guzmán tenía Cristóbal de Oñate, le sucedió en el mando Cristóbal de Tapia, quien se portó con más humanidad con los indígenas, disponiendo y obligando que los españoles cultivaran la tierra con sus propias manos; pero descontentos los blancos por esta obligación, empezaron a abandonar la villa, saliendo para el Perú, que los llamaba por sus grandes riquezas. Contribuyó también a esta despoblación, el hambre que se dejó sentir en esa época y las pestes que se desarrollaron, que despoblaron en una quinta parte de su población

de indígenas, a la Provincia de Culiacán.

Nuño de Guzmán, una vez en Jalisco, mandó a Cristóbal de Barrios a que fundara y poblara una villa en la Provincia de Chametla, lo que verificó, dándole por nombre El Espíritu Santo. Pero a los cuatro años de fundada, la fama del Perú fue la causa de que sus pobladores la abandonaran, no quedando ni huellas del lugar donde estuvo.

Culiacán ha sido la única población que ha vivido hasta nuestros días, de las fundadas por Nuño de Guzmán, o que lo fueron por su orden en el territorio sinaloense, siendo, por consiguiente, la más vieja del Estado, pues cuenta en la actualidad con cuatro centurias y tres años.

## 5 SEBASTIAN DE EVORA, ENCOMENDERO DEL RIO MOCORITO

Como se ha dicho, después de la fundación de la villa de San Miguel de Culiacán, Nuño de Guzmán se volvió a Jalisco, dejando como Gobernador a Diego Fernández de Proaño. Este sujeto mandó al río de Mocorito, como encomendero, a Sebastián de Eborá, con derechos sobre los pueblos de sus márgenes, y se asentó en el pueblo mencionado; pero como la región era muy pobre y no podía con tan escasos mantenimientos, sostener una guarnición, poco tiempo permaneció en él. Años después, y con motivo de la información que mandó levantar el Virrey Mendoza, originada por las Nuevas Leyes que la Corona expidió para favorecer a los indios, Sebastián de Eborá aparece en Zacatula, y declara: Que es natural de Yelves, hoy Elves, Portugal e hijo de Luis Méndez de Basconcelos de Abrio (y no da el nombre de su madre); que vino a la Nueva España con el capitán Pánfilo de Narváez, mandado por Diego Velásquez, gobernador de la isla de Cuba, a someter a Cortés. Estuvo en el sitio y toma de la antigua Tenochtitlán, y concurrió a la conquista de los pueblos comarcanos a ella; fue a la de los tarascos y vino a las de Colima y Nueva Galicia con Nuño de Guzmán. Cuando estuvo de encomendero en los pueblos del Río de Mocorito, no se conocía el nombre indígena del lugar en que se asentó, y el que tiene actualmente, no lo conocían los españoles de la conquista aún en 1584; dio su nombre al pueblo y al río, y con éstos los citan los

historiadores contemporáneos.

El actual es de etimología indígena, y más adelante tendremos ocasión de explicarla y el probable por qué de él; pues en opinión de un hombre versado en estos achaques, es debido a un doloroso hecho que afectó a los naturales dei pueblo.

Hasta un año o dos después de la fundación de Culiacán, no habían expedicionado los españoles por toda la primitiva Sinaloa: se había limitado a llegar hasta el río de Mocorito o poco más, por el Norte, y a Capirato, por el Noroeste, pues hasta allí se sabe que hayan llegado por este rumbo. El primer español que atravesó la antigua Sinaloa, fué Diego de Guzmán, quien en el año de 1533, organizó una expedición en Culiacán con ese destino. Las peripecias y sucedidos de ella, el mismo expedicionario los relata en una Relación que sobre dicho viaje escribió, aparte de otras más, escritas por sus compañeros y contemporáneos, y de las cuales, algunas publicó, en reducido número, el gran historiógrafo don Joaquín García Icazbalceta. A principios de julio del citado año, Diego de Guzmán salió de Culiacán rumbo al norte y llegó a un punto del río de Mocorito, sin mencionar su nombre. De este punto bajó la corriente cinco leguas y desde su término, mandó como explorador a Francisco Vásquez, pasando el río, y llegó al pueblo de Tamazula, en el actual municipio de Guasave, situado a la derecha dei río de Sinaloa. Como se estilaba en aquellos tiempos y en esta clase de expediciones, ante cinco testigos Diego de Guzmán invistió con el carácter de escribano público para que diera fe de los actos de posesión y de conquista, a Andrés Alonso, tan luego como el resto de los españoles llegó a Tamazula. De este punto subieron la corriente del río hasta llegar al arroyo de

Ocoroni, y subiendo un poco más la de Sinaloa, se desviaron otra vez a la del arroyo.

Desprendiéndose de esta corriente, prosiguieron rumbo al norte hasta llegar al río de El Fuerte, a un pueblo, cuyo nombre no se conoce. Estaban resguardadas sus entradas por tres escuadrones de indios. Ante estos preparativos, vacilaba Guzmán si en atacarlos o no, pero al fin no lo hizo, y entró sin que los indios le presentaran resistencia. El caserío del pueblo estaba solo, pues sus moradores, hombres y mujeres, habían huido río arriba. Al siguiente día, habiendo mandado un piquete de exploradores a la comarca, regresaron informándole que habían encontrado varios pueblos sin habitantes.

Marcharon sin contratiempo hasta el río Yaqui, el que pasaron, y bajando por la margen derecha, vieron un llano muy grande, en el que había una multitud de indios, aventando para arriba "puños de tierra, templando los arcos y haciendo visajes." El que parecía jefe de aquella multitud, por sus estrambóticos arreos, se adelantó al grupo de españoles, "hizo con el arco una raya muy larga en el suelo, se hincó de rodillas sobre ella, besó la tierra y en seguida puesto en pié, comenzó a hablar diciéndoles que se volviesen y no pasasen la raya, porque si la pasasen, serían muertos todos." Entraron en pláticas de avenimiento; pero los españoles antes de que los indios pusieran en práctica sus condiciones, los atacaron y vencieron. El mismo Guzmán dice en la Relación que desde que estaba en América, jamás había visto otros hombres pelear tan bien y con tanto valor como los del Yaqui.

A su paso por Tamazula para el norte, estos expedicionarios tuvieron la sospecha de que antes de ellos, habían estado otros blancos en esa región,

porque vieron en algunos indios "sartas de clavos de las cintas de los españoles en el cuello y en los brazos, espadas sin guarniciones, cuchillos y otros objetos" que antes no conocieron los indígenas de estas partes.

Entonces no les fué posible obtener ningunos datos sobre tales objetos; pero a su vuelta del Yaqui, en un pueblo de nombre Teocomo y cuya ubicación se ignora, pero que estaba situado en la margen del arroyo de Ocoroni, vieron a una india con una pedazo de capa de Londres, y preguntándole sobre el origen de aquella prenda, les dijo: "que unos extranjeros habían llegado por la desembocadura del río, y que subiendo la corriente en busca de alimentos, por hambre o por cansancio se durmieron una noche, y dormidos, los indios los mataron." Esta misma suerte cupo a los que quedaron a bordo. Diego de Guzmán dice que el pueblo donde se verificó esta matanza, se llama Crumeme, del cual no se sabe su ubicación porque desapareció sin dejar huella.

En el año de 1532, Hernán Cortés mando a Diego Hurtado de Mendoza a que explorara las costas del Pacífico, hacia el Norte, zarpando del puerto de Acapulco con ese objeto. Del resultado de esta expedición no se supo nada, pues jamás volvieron sus componentes a dar cuenta; y se supone que los blancos sacrificados en Crumeme la formaban.

## 6

## ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA, EL ANDARIEGO

**A**ntes de 1540 se llevaron a cabo las otras expediciones, desde Culiacán para el norte, de la primitiva Sinaloa; pero ninguna registra hechos notables y trascendentes, hasta la aparición en 1536 de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso dei Castillo Maldonado, Andrés Dorantes de Carranza y el negro Esteban, que atravesando desde La Florida, en el actual territorio de EEUU bajaron al río Yaqui, en cuyas orillas encontraron huellas de cristianos. Estos obligados exploradores, formaron parte de la expedición de Pánfilo de Narváez a La Florida, en 1528, la que, como se sabe, fracasó trágicamente, no quedando con vida, sino los mencionados, que con mil penalidades, desnudos, con las barbas y el pelo crecidos, anduvieron durante siete años por los territorios que actualmente ocupan los Estados de Texas, Nuevo México, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, donde al fin encontraron a los cristianos que los empezaban a explorar, en un punto del actual Municipio de El Fuerte. Seguimos en esta parte la narración que escribió el mismo Cabeza de Vaca, sintiendo que la falta de nombres y demás elementos geográficos de que adolece, no permitan señalar precisamente la ruta y regiones exactas que siguieron en el territorio sinaloense. El primer pueblo a que llegaron estaba situado a orillas de un río, (probablemente el Yaqui) y porque a la sazón estaba crecido, permanecieron en sus moradas hasta que dio paso. En este tiempo, Castillo Maldonado vio pendiente del cuello de un

indio una hebilla de talabarte de espada, y cosido a ella, un clavo de herrar. Hechas averiguaciones sobre la procedencia de aquellos objetos, supieron que: habían venido del cielo, y que unos hombres con barbas como los españoles, los habían traído y que habían alanceados a dos indígenas. Preguntándoles disimuladamente por aquellos hombres y qué se habían hecho, los naturales les refirieron que se habían ido a la mar, y que “metieron sus lanzas por debajo del agua y que ellos también se habían metido por debajo, y que después los vieron ir por cima hasta hacia la puesta del sol.”

Es de recordar en este lugar, que los primeros españoles que llegaron al Yaqui y pelearon con estos indios, fueron los expedicionarios de Diego de Guzmán, y el caso que refiere Cabeza de Vaca sucedía a fines de 1535 o principios de 1536. Es cierto que en el intermedio de la expedición de Guzmán y los años mencionados, hubo otras expediciones, pero no se sabe que alguna de ellas haya llegado al Yaqui, y posiblemente a los blancos de Guzmán se referían los indios.

Tales noticias, como es de suponerse, produjeron mucha alegría a Cabeza de Vaca y sus compañeros. Sin embargo, no dejaron de tener mezclada cierta desconfianza, pues hacía como siete años que carecían de noticias de blancos, inclinándose a creer que si algunos de éstos habían estado en aquellas regiones, deberían ser cristianos que habían venido por la mar a descubrir.

Pero a pesar de la natural desconfianza que de encontrarlos sentían, después de algunas cavilaciones en que se reanimaban, y alentando esperanzas de encontrar blancos, siguieron su camino al sur, y a

medida que más avanzaban, más las reforzaban por los informes favorables que adquirirían de los indígenas. Y enterándose de que éstos manifestaban un gran temor hacia los cristianos, los , animaban procurando hacérselos desaparecer, diciendo que iban a buscarlos para persuadirlos de que no los tomasen como esclavos ni los sacasen de sus tierras. Se complacían y alegraban los sencillos indígenas con estos ofrecimientos, y agradecidos, los obsequiaban y les daban alimentos, siguiéndolos en caravana por donde caminaban.

Toda la tierra que pasaron del Yaqui para el sur la encontraron despoblada «porque los moradores de ella andaban huyendo por la sierra, sin osar tener casas ni labrar, por miedo de los cristianos» dice sinceramente Cabeza de Vaca, haciendo un panegírico de la tierra, agrega: «Fue cosa de que tuvimos una gran lástima viendo la tierra muy fértil y muy hermosa y muy llena de aguas y ríos, y ver los lugares quemados y despoblados, y la gente tan flaca y enferma, huida y escondida toda; y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenían con cortezas de árboles y raíces» Mal habrían de proveerlos de mantenimientos, estando tan desventurados que “parecía que se querían morir.”

Ello no fue obstáculo para que agradecidos de aquellos blancos, que los trataban de modo tan diferente a los otros que incursionaban por la tierra, les regalaron mantas de las que habían salvado de la rapacidad de los cristianos, los cuales en sus entradas a algunos pueblos se habían llevado hombres, mujeres y muchachos. El conocimiento de estos hechos y lo que veían, despertaba en los tres españoles y el negro, grandes recelos, temiendo que los indios les jugaran una mala partida o que al encontrarse con cristianos, los

mataran. Muy lejos estaba de ellos obrar con protervia con los españoles que acompañaban y guiaban por los campos. Llegaron a un pueblo de la sierra donde se habían refugiado los que huyeron de la costa para no exponerse a las infamias que con ellos cometían los conquistadores, siendo obsequiados allí con «dos mil fanegas de maíz», que repartieron a la multitud de indios que de cien leguas atrás los seguían «miserables y hambrientos.» Siempre anhelantes de encontrarse con cristianos, desde este pueblo mandaron cuatro mensajeros a inquirir noticias de los blancos, y por su parte, siguieron su peregrinación, teniendo la suerte de ver huellas recientes de los hombres que buscaban y señales donde habían dormido la noche anterior. Los mensajeros indígenas, al regreso, les informaron que no habían encontrado gente por donde anduvieron, pero que la noche precedente, estando escondidos detrás de unos árboles, vieron a los cristianos que llevaban «muchos indios en cadenas.» Esta espeluznante noticia causó tal temor á los que los seguían que muchos de ellos se volvieron atrás. Los mismos mensajeros que les sirvieron de guías para conducirlos al lugar donde habían visto a los cristianos, y ciertamente, llegaron al obscurecer a orillas del río de Putatán (así dice Cabeza de Vaca) que no era otro que el río del Fuerte.

Los cronistas contemporáneos y aún algunos posteriores, confunden los dos últimos ríos de la actual Sinaloa, y aún el pequeño de Mocorito, llamándolo indistintamente Petatlán. El placer que tuvieron al estar tan cerca de cristianos, “júzguelo dice cada uno cuando pensare el tiempo en que aquella tierra estuvimos y los peligros y trabajos que pasamos.”

Habiendo llegado a un punto que no nombra, sus dos compañeros se quedaron con él, y Cabeza

de Vaca, el negro Estebanico y once indios, siguieron caminando para el sur, pasaron por tres lugares donde habían dormido los cristianos, y al otro día en la mañana alcancé -dice- cuatro cristianos de caballo, que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuvieron mirándome mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaron preguntarme nada, pero al fin, repuestos los cristianos de la impresión que les produjo tan extraño personaje, lo llevaron a donde estaba su capitán, Diego de Alcaraz. Uno de los cuatro que encontró Cabeza de Vaca, se llamaba Lázaro Cebreros y el punto donde los alcanzó fue en Ojitos, rancho situado a siete u ocho leguas al sur del Fuerte, en el antiguo camino nacional que recorrían las diligencias. El capitán Alcaraz le manifestó que andaba perdido y «no había tomado indios» que empezándose a sentir en aquella región mucha necesidad por la carestía de mantenimientos, no hallaba por donde expedicionar. Tal parece que en los primeros años de la conquista de Sinaloa, los españoles se dedicaban a cazar indios, llevárselos y venderlos, como era costumbre entre los blancos.

Una vez entre cristianos, Cabeza de Vaca les pidió que le hicieran constar el día, el mes y el año en que los encontró y el estado en que llegaban, en un lugar distante de «pueblo de cristianos que se llama Sant Miguel (hoy Culiacán) treinta leguas.» En este tiempo ya se habían reunido con Cabeza de Vaca sus dos compañeros que quedaron atrás.

En vista de la facilidad que presentaba la circunstancia de coger a los indios que seguían a los naufragos de la Florida, para hacerlos esclavos, Diego de Alcaraz tuvo serias diferencias con Cabeza de Vaca

y sus compañeros, y con motivo de los altercados que hubo con ellos, olvidaron éstos en aquel lugar, muchas curiosidades de los indios que habían venido recogiendo o que recibían como regalos. Hicieron todo lo posible por persuadir a los indios que los seguían de que se volvieran a sus tierras; pero ellos no lo permitieron, manifestándoles que si no los dejaban en poder de otros indios, se morirían, y que yendo en su compañía, no temían ni a los cristianos ni a sus lanzas. A los españoles de Alcaraz no les agradaba que dijeran esto los indios, y les ordenaban a sus intérpretes les dijeran que eran de los mismos todos; pero no lo creían, diciéndose unos con otros «que los cristianos mentían, porque nosotros sanábamos los enfermos, y ellos mataban los que estaban sanos; y que nosotros veníamos desnudos y descalzos, y ellos vestidos y en caballos y con lanzas; y que nosotros no teníamos codicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tornábamos luego a dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin, sino robar todo cuanto hallaban y nunca daban nada a nadie» Todo lo cual lo dijeron para que se los transmitieran los intérpretes. Con Cabeza de Vaca y sus compañeros, vinieron mas de cuatrocientos de indios pimas que no quisieron regresarse a sus tierras, permaneciendo en Sinaloa, donde fundaron a orillas de río de su nombre dos pueblos que llevaron los nombres de Apucha y Popucha y que han desaparecido sin dejar huellas de su existencia.

Cuando vinieron los misioneros, es probable que para facilitar su conversión, los hallan reducido al de Bamoá, donde en tiempos de la Colonia, sus habitantes indígenas hablaban la lengua pima, según dice el Lic. Eustaquio Buelna. En su larga peregrinación, los

españoles de Cabeza de Vaca, y particularmente éste, hacían curaciones a los indígenas, curaban a algunos santiguándolos, y algunas indias se empeñaban porque a sus hijos pequeñuelos se santiguaran y los soplaran. Cuenta que en un lugar hizo el milagro de resucitar a un indígena, y por todos estos servicios, los seguían caravanas de ellos y los obsequiaban y miraban con cierto respeto y veneración.

Los desmanes de Alcaraz habían alterado a los indios de esa región, huyendo muchos del alcance del español y otros negándose a servirle y a proporcionarles mantenimientos, como lo estaban también las naciones de mas al norte, según lo hemos visto por la relación que extractamos. Es probable que por haberse opuesto a Cabeza de Vaca y sus compañeros a que se cogieran los indios por esclavos, Alcaraz los tomó presos y los condujo a Culiacán; pero antes de llegar a esta villa, encontraron a su Alcalde Mayor, Melchor Díaz, en un pueblo cuyo nombre no menciona la Relación. A instancias de Díaz, desde ese punto empezaron la obra de pacificación de los indios alterados al norte de Culiacán, para lo cual los mandaban llamar, exhortándolos para que se sometieran a los españoles, les sirvieran y proporcionaran mantenimientos y excitándolos para que construyeran iglesias en sus pueblos, indicándoles que pusieran en sus atrios grandes cruces de madera. No se conoce ninguno de éstos pueblos, y si construyeron iglesias, o fueron de construcción provisional, o no las construyeron, pues no ha quedado ni ruinas de ellas. Terminadas sus instancias en favor de la pacificación de los indígenas de la comarca, continuaron los tres españoles su camino para la villa de Culiacán, donde Cabeza de Vaca hizo declaración jurada ante notario de su obligado viaje a

través del continente de la América del Norte, el día 15 de mayo de 1536.

Siguieron su marcha para la capital de la Nueva España, a donde llegaron en el mes de junio del mismo año. Allí también hizo al virrey don Antonio de Mendoza, relación de sus maravillosas aventuras; y, como es natural, el deseo de explorar y conquistar las ricas tierras descritas por Cabeza de Vaca, se despertó en el virrey y en otros muchos españoles. Incitado por este deseo, desde luego salió como abanderado y explorador Fray Marcos de Niza, acompañado por el negro Estebanico, y anduvieron por Sinaloa, Sonora, el norte de este Estado y Nuevo México, en busca de Cíbola y Quivira y también de las legendarias siete ciudades. En marzo de 1539 salieron de Culiacán para el Norte, el negro pereció en el viaje y Fray Marcos de Niza regresó a la capital, donde hizo una relación falsa y exagerada de las supuestas grandezas de aquellas tierras. Entusiasmado don Antonio de Mendoza, determinó conquistarlas, y al efecto, organizó una expedición con ese objeto. La puso bajo el mando de Francisco Vázquez Coronado, quien entonces era Gobernador de Nueva Galicia y residía en Compostela, del hoy Estado de Nayarit. Al mismo tiempo se había sublevado en la Provincia de Culiacán un poderoso cacique llamado Ayaquica, el que molestaba a los pobladores de la villa de mil maneras, pretendiendo echarlos fuera de sus tierra o acabar con ellos; \*y tanto por esta circunstancia como por la de comandar la expedición a Cíbola, se dirigió a Culiacán. Ya en éste lugar combatió al cacique rebelde hasta vencerlo; lo hizo prisionero y lo ahorcó.

## 7 EXPEDICION DE FRANCISCO VAZQUES CORONADO

Concluido los arreglos para la expedición, en mayo de 1540 salió de Culiacán rumbo al Norte, tomando la ruta que generalmente seguían los conquistadores de aquel tiempo. Llegó a las cercanías de Mocorito y unos indígenas, que estaban descontentos con sus jefes, le informaron que los naturales del pueblo intentaban desobedecerlo, por cuyo motivo, los mandó llamar a su presencia.

Fueron los indígenas en la creencia de que el objeto de llamarlos era para obsequiarlos con regalos; pero su sorpresa terrible cuando, sin ninguna averiguación y dando muestras una crueldad bestial, mandó degollar a 150 de aquellos sencillos indígenas y a su cacique, que nunca se imaginaron tan arteras y espantosas intenciones.

Tamaña infamia fue la que, seguramente, dio origen al nombre actual del antiguo pueblo de Sebastián de Eborá, pues al respecto, el Lic. Buelna dice en su monografía de Nombres Geográficos e Indígenas de Sinaloa,» lo que sigue:- MOCORITO, de ignorada significación. Quizá esté compuesto MUCURI, que aunque usualmente no significa muerto, puede gramaticalmente entenderse por tal cosa, y de la posposición TO; cuyo caso significaría el lugar de los muertos, aludiendo a la matanza del cacique y de 150 indígenas que cerca del pueblo don Francisco Vázquez Coronado por calumnia que a sus habitantes

levantaron, de que se querían sublevar. En apoyo de interpretación viene bien manifestar, que el referido pueblo, en principio se llamó Sebastián de Eborá, por el nombre del "encomendero, y es probable que el de Mocorito se le haya dado después por dicha circunstancia.»

Cercana al pueblo y actualmente poblada ya, se encuentra una bajada o barranco que tradicionalmente se ha llamado de LOS MUERTOS o DIFUNTOS, y no se conserva recuerdo de que haya acontecido ningún suceso que justifique ese nombre, a no ser la matanza de Vázquez Coronado. Continuando la expedición, en Ocoroni probablemente, incorporaron a una india que, bautizada, le pusieron el nombre de Luisa, vivaz y mandona de allí, que les servía de intérprete; cual otra Marina a Cortés, y la cual dice Baltasar de Obregón que nació en Culiacán. Anduvo con ellos en todos los lugares que estuvieron hasta su regreso a Ocoroni. Siguiendo al norte llegaron a un valle situado como doce leguas al sur del límite actual de Sonora y Sinaloa, y en dicho valle Vázquez Coronado fundó la primera villa española en territorio de la primitiva Sinaloa, llamándola De los Corazones, porque allí, Cabeza de Vaca y sus compañeros fueron obsequiados por los indígenas, con dos corazones de venado. Dejó para poblarla sesenta españoles y como capitán y alcalde mayor a Melchor Díaz, que poco antes lo había sido de la villa de Culiacán. Poco duró esta villa, pues habiendo muerto enseguida su primer alcalde, le sucedió Diego de Alcaraz, quien para poblarla, abusando de la sencillez de los naturales que permitía a las mujeres transitar solas por los campos, robaba indias, hacía esclavos y cometía otros excesos que luego exasperaron a los indígenas, los que una

noche, atacaron a la villa y mataron a casi todos los españoles que la poblaban. Sólo se salvaron cinco: dos que siguieron el alcance de Vázquez Coronado para comunicarle la funesta novedad, y otros tres, entre ellos el cura, que se volvieron a las volandas a Culiacán.

Este hecho sucedió en uno de los primeros meses del año de 1541. En este lugar creemos pertinente hacer mención de que, entre los expedicionarios que acompañaban a Vázquez Coronado, desde la capital de la Nueva España vino don Pedro Tovar con el cargo de capitán y Alférez Mayor del Campo, y a su vuelta, seguramente, eligió para quedarse la villa de Culiacán, pues allí lo vemos hasta muy avanzado el siglo XVI. Fue de los primeros que fabricaron casas de cierta comodidad en Culiacán; encomendero de varios pueblos durante más de veinte años y sucesor con este carácter de los pueblos del río de Sebastián de Eborá; protegió diversas expediciones a estos lugares y a Sonora, aposentando en su casa a los soldados que las formaban y en su propia habitación, a sus jefes, como la que sucedió años después con la que encabezó Francisco de Ibarra, suministrándoles toda clase de mantenimientos y dándole informes acerca de las tierras que iban a conquistar hasta donde alcanzaban sus conocimientos de la región. Probablemente en aquel tiempo fué el vecino más rico y prominente de estas partes, dado que era el principal personaje que atendía a los expedicionarios que pasaban a la primitiva Sinaloa. Es extraño que en su apellido no se haya prolongado su estirpe, ya sea en la villa de su residencia o en sus contornos, pues el que esto escribe, no sabe que existan sucesores del apellido Tovar, como sucede en estas regiones con los

Heredias, los Soberanes, los Montoyas, López, etc., etc., o es muy raro.

En «Historia de la América Española,» del Lic. Carlos Pereira, tomo 1, viene un mapa antiguo que señala la ruta que siguió la expedición desde su salida de Culiacán, y por curiosidad la mencionamos en estos ligeros apuntes. Al entrar a Sonora pasó un río que se llama Sanora y antes de cruzar un afluente del río de la Asunción que parece afluente del Gila y que tiene el nombre de río de las Balsas; de ahí se desvió hasta el noreste hasta llegar a los pueblos de Acoma, Pecos y Cicuini, (Baltasar de Obregón llama a éste Cicuil) siguiendo al Este, pero regresó y poco después volvió a Acoma y tocó a Cíbola, hasta llegar al río de Buena Agua o sea el Colorado. De allí dio vuelta al norte, regresándola a Cíbola por otra ruta paralela a la que había seguido para llegar al Colorado. Vázquez Coronado llegó a México después de dos años que empleó en la expedición, pero sin haber encontrado s famosas siete ciudades de Fray Marcos de Niza. Su expedición sirvió para conocer gran parte del territorio que actualmente ocupan Sonora y Estados Unidos. Después de esta expedición, infructuosa por otros conceptos, hubo un interregno de poco más de veinte años, en que los españoles de Culiacán se limitaban a excursionar hasta Mocerito y parte de Sinaloa, pero sin hacer ninguna fundación estos territorios y menos aventurarse hasta llegar a los ríos de Sonora. Toda la región era muy pobre y escasa población, y seguramente por esta circunstancia, hasta mas tarde, se empezó a colonizar y hacer fundaciones.

## 8 EXPEDICION DE FRANCISCO DE BARRA

**E**n el año de 1563, el Virrey don Luis de Velasco mandó una expedición a Durango, bajo las órdenes de Francisco de Ibarra, que bajó a Sinaloa por Topia, no sin haber tenido encuentros con los naturales que defendían sus derechos. Al llegar a las proximidades de Culiacán, salió a su encuentro de esta villa, su vecino don Pedro de Tovar, llevándole socorros y refrescos en abundancia. Le manifestó cuánto lamentaba que hubiera salido a estas tierras tan pobres y que mejor fuera a poblar en las provincias de Chametla y de Cinaro, (éste nombre da Baltasar de Obregón a Sinaloa) donde tendría más éxito.

Don Pedro le hizo saber que algunos pueblos de la Provincia de Culiacán, encomendados a los españoles pobladores de la villa, se encontraban levantados y sustraídos de la obediencia de sus dueños, motivo que aprovechó Ibarra para reducirlos y pacificarlos. Baltasar de Obregón en su crónica «Historia de los Descubrimientos Antiguos y Modernos de la Nueva España» refiriéndose concretamente a los pueblos de Teodoto (se ignora cual sea o cual haya sido) y de Sebastián de Eborá, dice que el uno tenía mil hombres y el otro cuatrocientos, y que fueron nuevamente reducidos a la obediencia de don Pedro de Tovar, que era su encomendero.

En atención a las indicaciones de don Pedro

respecto a la dirección que debía tomar la expedición, Francisco de Ibarra no deseando obrar por su propia iniciativa, celebró con los principales españoles que lo acompañaban, un consejo, y en el se resolvió poblar la Provincia de Sinaloa. El mismo de Tovar suplicó también a Ibarra, no entrara con su gente a la villa de Culiacán, para evitarle a los vecinos molestias y daños que posiblemente les ocasionarían los soldados, por lo que, terminada la pacificación de que se había hablado, tomaron los expedicionarios rumbo al norte cargados un poco a la serranía. Refiere el mismo Obregón en su libro citado, que desde que Nuño de Guzmán redujo a los naturales de la Provincia de Culiacán, con cortos intervalos, se habían mantenido hasta los tiempos de la expedición de Ibarra, en alteración y rebeldía, tanta que continuamente molestaban a los pobladores de la villa, sus haciendas e impidiendo el tránsito de sus comerciantes, atando a unos y a otros, a sus sirvientes y esclavos, robándoles ganado, quemándoles sus casas y hartándose de los cuerpos de los que tomaban en sus manos; y a tal grado llegó la malquerencia a los cristianos y la audacia de los naturales que poniéndose de acuerdo los principales caciques, cierta noche asaltaron Culiacán y la saquearon, llevándose los ornamentos de la iglesia. Tan crítica situación mantenía en sobresalto a los pobladores de la villa, y para no ser sorprendidos tuvieron que hacer fortines y pasar las noches en ellos, despiertos y prevenidos. Siguieron los expedicionarios hasta llegar al río de Sebastián de Eborá, a un punto que no menciona Baltasar de Obregón, pero por ser el pueblo de Mocerito un punto que siempre tocaban y donde residía el encargado de la encomienda, es de suponerse que Mocerito fue el lugar a donde llegaron, además

de haber sido en todo. tiempo, el punto de mayor densidad de población indígena en toda esta región. Los naturales recibieron a los expedicionarios de buen grado, dándoles los mantenimientos necesarios. El jefe de la expedición solicitó a los indígenas mensajeros para que fueran al río de Petatlán (de Sinaloa) a anunciarles su visita y a requerirlos de paz, y con 200 auxiliares que le suministraron en el lugar, siguió el campo para las riberas del río mencionado, hasta llegar a un pueblo cuyo nombre tampoco menciona Obregón. De él salieron 600 indígenas a encontrarlos, formados en escuadrones y ataviados con sus arreos de guerra.

Refiere el mismo autor, a quien seguimos en esta expedición, que las tierras comprendidas entre los ríos de Sebastián de Eborá y el Petatlán, son muy buenas para el cultivo de toda clase de semillas y abunda mucho el pasto para los ganados, pero que en un espacio de veinte leguas reina la más completa y triste soledad. El intérprete que traía la expedición, murió en este pueblo, y considerando cuán necesario era de proveerse de otro, lo buscaron con empeño.

Los naturales les informaron que más adelante, en el pueblo de Ocoroni, estaba una mujer que en otras ocasiones había desempeñado el oficio, acompañando otras expediciones de blancos que habían pasado por el lugar; pero como los naturales de Petatlán y de Ocoroni, eran enemigos, difícil les fue encontrar un enviado que fuera a anunciarles su llegada a este punto y a traerles un intérprete. Al fin encontraron un indígena que era amigo de las dos parcialidades en pugna, y vuelto de Ocoroni, trajo una mujer que fue la que les sirvió de intérprete en toda la expedición. En el mismo Ocoroni había otras dos

mujeres que podían desempeñar el empleo, pero la que se presentó a los españoles, parece que era la más avisada y práctica en el oficio. La acompañaban doce indígenas. Como hacía algunos años que no practicaba el mexicano, al principio encontró algunas dificultades para comunicarse con los indígenas sinaloas, pero muy pronto se puso de nuevo al corriente. Este detalle se hace presumir que, en esta expedición, como en la de la conquista de Cortés, fué necesario valerse de un segundo intérprete, y que Francisco de Ibarra traía desde México o de otra parte un indio o español que sabía el mexicano, pues la lengua de los antiguos sinaloas, como se ha dicho, pertenecía a uno de los dialectos del cahita. El nombre de esta mujer era el de Luisa, y llegó al real de los españoles, con solo naguas y desnuda de la cintura para arriba: «era hábil y inclinada a obedecer a los cristianos» dice de ella nuestro cronista citado.

Del Petatlán se volvieron los indígenas que habían ido del río de Sebastián de Eborá, y al seguir su marcha la expedición, lo acompañaron para Ocoroni otros 200 indígenas. Después de dos jornadas de camino de a seis leguas cada una de tierras y vegas del mismo temple y provecho que las pasadas, llegaron a media legua del pueblo, en donde se encontraron con mensajeros de Ocoroni, suplicándoles que excusaran la entrada a su pueblo de los naturales de Petatlán, por ser estos crueles y dañinos enemigos de ellos. Tanto se odiaban unas a otras estas parcialidades que en los momentos en que transmitían su mensaje, «temblaban y se amenazaban con rostros coléricos y demudados en que se mostraron gran rencor y enemistad». El jefe español con amenazas, ofrecimientos y halagos, procuró ponerlos en paz

y en buena amistad, regresando los mensajeros contentos a Ocoroni. A continuación avistaron en una fértil llanura como 500 indígenas, "repartidos entre escuadrones, todos muy prevenidos de arcos, flechas, rodela, lanzuelas de brasil, macanas con galas de rica plumería, conchas y caracoles de mar, y dieron a los españoles la bienvenida, quedando éstos admirados de un pueblo y gente de tanto orden, concierto y hartura de bastimentos". Tomando precauciones, los españoles fijaron el campo en un lugar seguro, su jefe hizo que los de Petatlán y de Ocoroni, ofrecieran vivir con buen entendimiento y amistad.. En estos casos acostumbraban los sinaloas, como garantía de su buena fe, cambiarse sus arcos y flechas, con lo que quedaba sellado el pacto convenido, y así lo hicieron en la ocasión a que nos referimos, en presencia de los blancos.

Baltasar de Obregón, hablando de Luisa, nos dice lo que sigue: "Este río y pueblo de Ocoroni era gobernado y mandado de Luisa la intérprete, mujer del caudillo y mandón de esta parcialidad, por las ventajas que en ella se reconocían de las demás naturales, en más policía, razón y trazas que en el uso y ejercicio de la guerra daba; por cuya causa y razón era más tenida, estimada y respetada, que las naturales de aquellas provincias. Daba orden y traza en muchos casos y cosas que los naturales no las acertaban y estaban de ellas ignorantes, y por estas ventajas a las demás, era codiciada, temida y obedecida de todos los mandones y caudillos de aquellas provincias y partes a donde fue cautiva, y en ellas siempre fue cacique, capitana y mandona y mujer de ellos. Es uso en estas provincias que el que es más valiente y matare más enemigos, es constituido en mayor mando, al cual en

todo obedecen: en prueba de lo cual admiten al que mata y cautiva la mayor parte de enemigos".

Esta Luisa fue cautiva en cinco parcialidades ... desde donde se vino (a Ocoroní) huyendo de valle en valle ... donde quedó huida o olvidada de los de Francisco Vázquez Coronado, viniendo del viaje de Cíbola, y algunos antiguos afirman que fue natural de la villa de Culiacán, (de) la cual por excusarse de servir y tributar, se huyó y apartó a Ocoroni. Era diestra en los secretos y lenguajes de doscientas leguas de aquellas provincias, desde Ocoroni hasta los valles de Señora (Sonora) y Corazones, cerca de los llanos de las vacas, y sirvió en el viaje desde sus pueblos, ida y vuelta, desde los 11 años con mucha fidelidad, verdad, cuidado y solicitud. Dió notable pena a los de su pueblo su ida, el cual es uno de los mejores y más concertados de la provincia de Cínaro: es de cuatrocientas casas de lanas y esteras, de ellas son tumbadas y redondas, en ellas habitan ochocientos vecinos... Está junto y congregado en la ribera de un pequeño río, en lo alto de un repecho junto a la montaña y espesura de arcabuco el cual tiene por defensa, fuerte y amparo del daño que les suelen hacer sus enemigos los de Petatlán, Cigüiní, Tepulca (Tehueco) y Cinaro (tal vez la hoy Sinaloa; son diestros, belicosos y esforzados en el uso y ejercicio de la guerra; resistente, defienden su partido de las parcialidades referidas.

En Ocoroni permanecieron los expedicionarios el tiempo necesario para preparar su avance para más adelante, y como "hacían siempre,, -de éste pueblo mandaron mensajeros al que se hallaba enseguida, requiriéndoles de paz. Por aquellas regiones, al parecer no habían andado blancos o hacía algunos

años que no transitaban, por lo que tuvieron que abrir caminos y senderos para seguir al norte. Llegaron a un pueblo llamado Cigüiní, situado a orillas del río de El Fuerte, donde los naturales les hicieron un buen y amistoso recibimiento, haciéndoles agasajos y fiestas y proporcionándoles todos los mantenimientos que producía la tierra. El pueblo, con alguna frecuencia, mantenía guerras con las parcialidades vecinas, por lo que los españoles lo encontraron con fuertes cercados hechos con grandes maderos, y en ellos los naturales mantenían centinelas prevenidos para no ser sorprendidos por irrupciones de sus enemigos.

De este pueblo, siguiendo por la misma ribera, encontraron otro que Obregón llama Tepulco (quizá el Tehueco actual) a donde antes, como lo acostumbraban, mandaron mensajeros requiriéndolos de paz y obediencia al Rey de España. Este pueblo, según opinión del cronista que seguimos, era el que más población tenía, por cuyo motivo, era también el más temido y respetado de todos los de la Provincia de Sinaloa. Prueba de su altivez y poco ánimo de someterse, la dieron a los expedicionarios de Francisco de Ibarra, pues al llegar a Tepulco los naturales se mostraron orgullosos y poco afectos a rendirles con demostraciones serviles y agasajos; les hicieron muy poco caso, y entraron a él ante la expectación de todos los moradores que no les hicieron halagos, como se los habían hecho en los pueblos de atrás, en las mismas circunstancias.

No es por demás advertir que Obregón da el nombre de Tepulco y de Tegusco, probablemente al mismo pueblo, y como su relación la escribió años después de los acontecimientos, es casi seguro que por

inseguridad de su memoria, estropeaba o corrompía los nombres indígenas, como sucede con casi todos los que escribieron relaciones semejantes en aquellos tiempos. Así vemos en su obra que a Sinaloa le llama Cinaro, a Sonora Señora, a Bacubirito, Bacoberito, etc., etc. Por eso es difícil determinar cuál es y en dónde estuvo ubicado el pueblo de Cigüini, y sólo por conjeturas, se puede decir que fue el lugar donde se fundó la primera Villa en la Provincia de Sinaloa, por estos mismos expedicionarios.

Ellos anduvieron y permanecieron algún tiempo en las riberas del río de El Fuerte, y de todos los pueblos que mencionan en esa región, podría determinarse su ubicación con más datos y el conocimiento de la misma región. De Tepulco probablemente retrocedieron subiendo la corriente del río hasta llegar al pueblo de Cinaro (que opino será la Sinaloíta actual en el mismo Municipio de El Fuerte) donde los indígenas los recibieron con alardes y honores a su manera. En las vegas del río estaban extendidos como mil indios, con sus arcos y flechas, divididos en cuatro escuadrones y dispuestos a servirlos de buena voluntad, como al efecto lo hicieron proporcionándoles todos los mantenimientos de que podían disponer en la tierra. Allí el padre Pablo de Acevedo, que acompañaba a la expedición, por mediación de los intérpretes Diego de Soberanes y Luisa de Ocoroni, les explicó el evangelio y doctrinó en las demás cosas de la religión, quedando muy sorprendidos y admirados --dice Baltasar de Obregón--- de estas enseñanzas, y ofrecieron obrar con docilidad y de modo que no los ofendieran en sus hechos; pero tales ofrecimientos muy lejos estaban de cumplirlos, pues no fueron obstáculo para que luego conspiraran en su contra. Estos movimientos

los sospecharon los españoles por la conducta que observaban los indios; y para amedrentarlos y desistieran de sus propósitos, simulaban una reñida pendencia en que repartieron tajos y mandobles, en su presencia, quedando, efectivamente, los naturales desengañados de la superioridad de los blancos en los asuntos tocantes a la guerra.

Los indios sinaloas se ocupaban del cultivo de la tierra, sembrando maíz, frijol y calabazas: se dedicaban con cierta preferencia a la pesca, la que obtenían del río y de las aguas del Golfo de California, pues habitaban las márgenes del río hasta las orillas del mar. La opinión de Baltasar de Obregón sobre este río la expresa más o menos con estas palabras: es el más grande y caudaloso que hay de ciento cuarenta leguas atrás; sus vegas se encuentran pobladas de hermosas arboledas y sus tierras producen los mejores pastales para el ganado.

Otra vez los expedicionarios volvieron a adquirir fundadas sospechas de que los naturales del río tramaban una conspiración. El fin principal que se proponían los indios era caer sobre el campo español y matar a todos los blancos, y éstos, considerándose pocos para resistir y dominar el ataque de los naturales, acordaron hacer un fuerte a orillas del río y de allí mandar a San Miguel de Culiacán a pedir auxilios de gente y de otras cosas necesarias para el caso. Mientras estas providencias se ejecutaban, se les reunió la gente que había quedado en Topia cuando bajaban al Estado, y el padre Acevedo se dirigió a la ciudad de México con el objeto de traer misioneros que se dedicaran a la instrucción y conversión de esos indios. El jefe de la expedición y el maese de campo, en ese mismo tiempo, hicieron

un recorrido por la provincia, la que encontraron muy poblada y con muchas facilidades para colonizarla y explotarla; circunstancias que los decidieron a fundar una villa, y enseguida lo hicieron dándole por nombre el de San Juan Bautista de Carapoa, según el padre Alegre. Nombraron las autoridades que se estilaban entonces entre los españoles, tales como Justicia y Regimiento, las que empezando a cumplir desde luego con sus funciones, señalaron solares para que los pobladores fabricaran sus casas y tierras para sus cultivos. Francisco de Ibarra, al parecer satisfecho con la nueva fundación, partió para la provincia de Chametla, dejando como su lugarteniente en la villa a Antonio Sotelo de Betanzos, con un piquete de soldados para defensa y principio de colonización.

Desde luego el lugarteniente dio los primeros pasos para hacer un fuerte, porque el que se había hecho antes fue provisional; pero encontró una tenaz resistencia en los soldados que habían quedado a sus ordenes, quienes pretextaban no ganar ningún sueldo para que los obligaran a trabajar; sin embargo, Sotelo de Betanzos, para dar un ejemplo a los renuentes soldados personalmente y con la ayuda de sus negros esclavos, se puso a fabricar el fuerte, haciendo varios lienzos de madera y tapia del mismo material. Los soldados avergonzados y compelidos por este ejemplo, convinieron en la construcción que se solicitaba de ellos, y terminaron el fuerte. También hicieron una iglesia con paredes de madera y clavaron en el patio una gran cruz del mismo material.

En este tiempo los indios de Tepulco empezaron a dar muestras de inconformidad con los blancos, y temiendo estos que degeneraran en una sublevación y alzamiento general, el lugarteniente Sotelo de

Betanzos emprendió la tarea de persuadirlos para que desistieran de rebeldías y se sometieran al yugo que se les imponía. Algo consiguió, pero no permanecieron mucho tiempo sometidos sin hacer demostraciones de inconformidad, principiando con intentos de matar a los que iban a su pueblo e infiriéndoles otros daños; mas viendo Betanzos que no era suficiente la persuasión y el atraerlos con buenos modos y halagos, tomó la determinación de caerles una noche en su pueblo en gran tropel de caballos y haciendo algaraza de guerra. Esta simulación, por de pronto, produjo el resultado que se deseaba, pues los indios de Tepulco atemorizados por aquella inesperada demostración, apelaron a la fuga, saliéndose de su pueblo, y los españoles los persiguieron cogiendo algunos prisioneros, especialmente mujeres y niños que se llevaron a la villa.

Este desenlace fue motivo para que los naturales consecuentes con los españoles, e impulsados por el natural deseo de ver a sus mujeres e hijos, se mostraran dóciles, frecuentando el asiento de los blancos. Vuelve en esta ocasión la intérprete Luisa, en nombre del jefe de los españoles, a exhortarlos para que desistan de su inútil desobediencia, pues que en todo tiempo serían sometidos al dominio del rey de España, así como que esta sujeción les acarrearía beneficios.

Una vez apaciguados los indios, Sotelo de Betanzos hace una nueva visita a los pueblos del río, llegando por el rumbo de la sierra hasta el pueblo de Urique, del hoy estado de Chihuahua. En esta expedición encontró algunas muestras de metal, que después las ensayó don Pedro de Tovar en Culiacán, y dieron muy buena ley.

Los naturales de Urique quedaron tan asustados y medrosos de los españoles y de sus caballos, que causaban verdadera lástima, pues los encontraban en el campo, escondidos entre matorrales llorando y temblando, presas de un pánico terrible. Pusieron el real en campo raso y allí los medrosos indígenas les llevaban los mantenimientos que necesitaban. Volvieron por la ribera, bajando por la corriente, hasta encontrar el mar, y entre las observaciones que recogieron, figura la de que los indígenas próximos a las aguas salobres, fabricaban muy buena loza de barro. Vueltos a Cigüini, allí sucedió un caso que rebela el espíritu indomable de algunos indios y su impotente rebeldía para sujetarse al dominio de los españoles. Estos los obligaban a trabajar, en muchos casos, más de lo que podían aquellas naturalezas no acostumbradas a quehaceres rudos y prolongados, y porque un soldado les exigía demasiado, dándoles mal tratamiento, se alzaron dispuestos a no seguir trabajando. El lugarteniente inmediatamente que le dieron parte de lo que pasaba, se dirigió al lugar a donde estaban los indígenas, mandando coger al que en concepto de los españoles, era el más culpable de desobediencia, ordenó que lo ataran a un árbol y allí lo azotó despiadadamente y mandó que se lo llevaran a la villa, pero en el camino, indignado por él cruel castigo que había recibido, el indio dio una bofetada a un soldado, quien en contestación, en aquel mismo momento, le infirió siete puñaladas. No murió sin embargo, el indio y en un momento de descuido cogió un vaso de plata que un esclavo había dejado al avance de su mano, y lo despedazo de coraje. ¡Pobre y abnegada raza que tan vilmente la trataba el blanco! ¡Así fueron conquistados cogiéndolos como bestias,

arreándolos atados en colleras y vendiéndolos como esclavos en un miserable precio que no lo tenían ni los animales domésticos!

A su paso para la Provincia de Chametla, los vecinos de Culiacán recibieron a Francisco de Ibarra con verdaderas muestras de aprecio y estimación, particularmente don Pedro de Tovar, quien los hospedó en su casa habitación, y a los soldados los alojó en otra, también de su propiedad, socorriéndolos y proveyendo a todos de cuantos les era necesario para cumplir con la empresa que se habían propuesto en aquella provincia. En estos cumplimientos y atenciones, solícita y bondadosa lo ayudaba su esposa dona Francisca de Guzmán, hija de Gonzalo de Guzmán, que fue Gobernador de Cuba.

En la provincia de Chametla encontraron estos expedicionarios, según Baltasar de Obregón, OREJAS DE ORO Y PLATA. La expedición de Francisco de Ibarra a esta provincia sinaloense, fue el origen de una cuestión de jurisdicción con la Audiencia de Guadalajara, la que reclamaba su preeminencia, pero resuelta al fin en contra de sus pretensiones, con la resolución quedó consolidada la de Nueva Vizcaya y determinó los límites del actual Estado de Sinaloa, por el sur.

Ibarra dejó fundada, en el territorio de la Provincia de Chametla, una villa dándole el nombre de San Sebastián (la actual Concordia). Quedó en su lugar y como Gobernador de la Provincia don Hernando de Trejo, que allí se incorporó a la expedición, procedente de México. Nombró las autoridades de costumbre, repartió solares para casas y tierras para labranza a los españoles. Los naturales de esta provincia le opusieron resistencia, habiéndose registrado

un encuentro formal en el que fueron vencidos y obligados a remontarse a la serranía, donde vivían entre las piedras y refugiados en cuevas. Practicaban la antropofagia, criaban culebras en sus casas y se las comían.

A los diecisiete meses de su salida de la villa de San Juan Bautista de Carapoa o Sinaloa, volvió Francisco de Ibarra, y en Culiacán se le unió don Pedro de Tovar, quien vino a la villa española, movido por los informes que había estado recibiendo relativos a minas. En ese tiempo se alteraron los indios de Bacubirito, y para apaciguados y meterlos en orden, salió de la villa de San Juan Bautista, Diego de Guzmán con treinta soldados. Pero al sentirlo, los naturales huyeron a los montes y se escondieron. Guzmán, después de expedicionar algunos días por la tierra, buscándolos sin hallarlos, determinó seguir a Culiacán.

También vinieron a la villa de San Juan Bautista, de la capital de la Nueva España, algunos soldados que trajo Salvador Ponce para continuar la expedición al norte.

Con motivo de otra visita hecha a la provincia por el Maese de Campo, los soldados españoles empezaron a manifestarse inconformes, oponiéndose a servir sin tener ninguna remuneración por sus trabajos. Obtuvieron que se les hicieran algunos repartimientos y se les dejara en libertad para buscar y trabajar minas.

En aquella sazón sucedió una grande avenida del río del Fuerte, y tuvo como consecuencia que sufrieran hambre y ras escasas: Once meses vivieron solamente alumbrados por la luz del sol, y en las noches por la de la luna, cuando la había. Durante estos once meses de privaciones, don Pedro de Tovar

los protegía sin cesar, ya dando ropas, alimentos y caballos a los que iban a Culiacán o mandándoselas a los que permanecían en la villa.

Concluidos los preparativos de la expedición para seguir adelante, en el mes de mayo de 1567, salió para el río Mayo, y subiendo su corriente, llegaron a un pueblo que Obregón llama Temosa. Este y Salvador Ponce, acompañados de seis soldados, se introdujeron a la casa de un indígena, en donde guardaba maíz, y pretendiendo coger esta semilla para llevarla al campo español con el objeto de que les sirviera de alimento; el indígena la defendió con valor y entereza hasta que fue dominado por los españoles. Mientras tanto, desde una loma muy cercana, presenciaron la lucha como cien naturales, armados de arcos y flechas, que no se resolvieron a ayudar al que se encontraba en trance tan apurado y tan bien se defendía.

Ibarra y sus compañeros se internaron a la provincia de Sonora, en donde les sucedieron muchas peripecias y pasaron otros tantos trabajos; pero los blancos como si tuvieran naturaleza de fierro, los arrostraron sin doblegarse ni ceder; mas como esta parte pertenece a aquel Estado, volveremos a la villa sinaloense fundada en las márgenes del río de El Fuerte.

Esta población solo duró cinco años. Los indígenas abrumados y oprimidos por los trabajos personales y tributos que les exigían inmoderadamente los españoles, resolvieron levantarse y sacudir el yugo tan pesado y duro a que no estaban acostumbrados en su gentilidad, y estos, calculando que no podrían sostenerse en la villa por ser muy numerosos los naturales que se alzaron en guerra en su contra y ellos muy pocos, resolvieron abandonarla, yéndose, unos a

la villa de San Miguel de Culiacán, otros, a las nuevas minas de la provincia de Chametla, que empezaban a dar frutos, y un número muy reducido que no se fue ni a la primera ni a la segunda, retrocedió a las orillas del río de Sinaloa.

Ibarra había dejado como Juez de la villa de San Juan Bautista de Sinaloa, a un capitán valiente, a quien se le reconocían otras prendas personales, llamado don Esteban Martín Bohorques, como cura al licenciado don Hernando de Pedroza, y además, a tres religiosos franciscanos, para que se ocuparan de la conversión y doctrina de los naturales de la comarca. Seguramente ni el río de Sinaloa les fue posible sostenerse, pues pocos años después, vemos excursionando por Mocerito, Chicorato, (perteneciente al actual Municipio de Sinaloa) y Bacubirito, al soldado don Pedro de Montoya, quien había venido con Francisco de Ibarra y fue alférez en la villa de San Juan Bautista de Sinaloa en tiempo de Sotelo de Betanzos.

Bajó por el río de Petatlán hasta el lugar donde se encuentra la actual ciudad de Sinaloa, y allí, en 30 de abril de 1585, con las ceremonias que se acostumbraban en tales circunstancias, fundó una villa en recuerdo de la anterior del río de El Fuerte, poniéndole el nombre de San Felipe y Santiago de Sinaloa, que se ha conservado hasta nuestros días.

En esta época y estando don Pedro de Montoya en la nueva villa, se levantaron los indios zuaques situados en los pueblos de abajo del río de El Fuerte. Inmediatamente se dispuso ir a reducirlos, pero con tan mala suerte emprendió la campaña que luego lo mataron y a doce soldados que lo acompañaban. Este funesto acontecimiento, como era natural, produjo alarma en los blancos, que vieron en aquel alzamiento

de los zuaques, un peligro para sus propósitos de colonización, y desde Culiacán se mandaron auxilios en hombre y otros menesteres necesarios para combatirlos. Este refuerzo se puso al mando de don Gaspar Osorio, quien por ineptitud o por otras causas, no le fue posible hacer daño a los indios, menos dominarlos por medio de las armas. Se volvió o fue substituido por otro capitán mas capaz.

Cuenta Baltasar de Obregón que en su expedición Pedro de Montoya encontró más de diez mil cabezas, entre ganado vacuno, yeguas y ovejas, las cuales eran el resultado de las dejadas en las sucesivas expediciones que hubo hasta entonces. Este es pues, el origen de esos animales en estas regiones.

## 9 FUNDACION DE LA VILLA DE SINALOA

El mal resultado que dio el auxilio que condujo, a estas partes don Gaspar de Osorio, desmoralizó a los habitantes de Sinaloa, y no creyéndose seguros, acordaron los vecinos de la nueva villa, volverse a Culiacán. Y ciertamente así lo hicieron dejando la villa abandonada el 15 de agosto de 1585; pero al pasar el río, tal vez el de Mocerito, se encontraron con una fuerza procedente de Culiacán, mandada por don Juan López de Quijada, quien nombrado Capitán de Sinaloa por el Gobernador de Nueva Vizcaya, se dirigía a tomar posesión de su empleo. Extrañando sobremanera el desarrollo de la villa recientemente fundada, los conminó enérgicamente, bajo pena de la vida, para que se volvieran a ella, ofreciéndoles que enseguida venía el gobernador con un refuerzo de cien hombres españoles y algunos centenares de indios auxiliares, con los que se creía mas que suficiente dominar la rebelión de los zuaques. Esto animó a los españoles de Sinaloa, y dieron vuelta.,

Efectivamente, luego llegó a la villa el Gobernador anunciado, quien sin permanecer mucho en ella se dirigió a la región del río de El Fuerte donde estaban los zuaques rebeldes. El jesuita Francisco Javier Alegre, hace una pintura de un combate sostenido con estos indios, que copia así el Lic. Buelna: Dividió (el gobernador), su pequeño ejército en dos partes: dio la vanguardia a su teniente Juan López

Quijada, y él llevaba la retaguardia. Llegando a la antigua villa de Carapoa, envió por delante a Gonzalo Martín con dieciocho soldados a explorar la tierra., Estos, siguiendo en una mañana de mucha niebla las huellas de algunos caballos que habían faltado en el ejercito, se empeñaron en una. espesura en que, fue necesario echar pie a tierra. En lo más interior del bosque, hacia un grande y descombrado plano, que habían acordonado los enemigos, luego que entraron en el los españoles, cerraron los bárbaros con grandes árboles la entrada, y descargaron sobre ellos una nube de flechas.

Conocida la emboscada, quisieron retornarse, pero hallaron impedido el camino. Gonzalo Martín con cuatro de sus compañeros, muertos ya algunos de sus soldados, sostuvo animosamente la retirada de los demás. Los primeros que salieron, sin mas autor que el propio susto, dijeron que todos los demás habían muerto. Tomaron sus caballos y dieron vuelta al campo. Gonzalo Martín y sus compañeros, salieron los últimos, después de haber hecho en los bárbaros una horrible carnicería. A la salida del monte, se hallaron sin los caballos y sin pólvora. Cargaron los enemigos sobre ellos, y los españoles vendieron muy caras sus vidas. Duró el combate hasta el medio día, en que faltos de sangre y fuerzas, teniendo que combatir con nuevas tropas que venían de fresco y acometido de los bárbaros con flechas y con chuzos largos por el temor de sus espadas, cayeron aquellos cinco bravos sobre montones de cadáveres que habían muerto a sus manos. Los bárbaros zuaques, orgullosos de su victoria siguieron con diligencia el alcance de los fugitivos. Los más de ellos habían errado el camino de los reales, y murieron a sus flechas. Diego Pérez,

muerto el indio capitán y muchos otros de los más valientes zuaques, se abrió camino con la espada; y Diego Martines, después de haber pasado el día escondido en un charco, llegó al campo con sus armas y caballo”.

“Hernando de Bazán salió al día siguiente con el ejército en busca del enemigo, pero éste, contentándose con algunas ligeras y repentinas descargas en que se mataron algunos, no quiso empeñarse en una acción general. Pasó al lugar de la batalla, halló los cuerpos puestos en orden sin cabeza, y aún e/ del capitán Gonzalo Martín enteramente descamado, porque, según confesaron algunos, habían entre si los bárbaros repartido en cadáver y comídolo, para hacerse, decían, tan valiente como aquel generoso español. El gobernador se contentó con poner fuego a sus sementeras y poblaciones, y pasó al río Mayo”. Los naturales de este río lo recibieron con muestras de sumisión y les suministraron todos los víveres que se producían en la región; y como al llevar estos al campo español tenían que meterse, el gobernador cometió la felonía de irlos encadenando .a medida que entraban en el, y no escaparon de esta trampa ni las mujeres ni los niños. Tan injusto proceder y como tenía que ser, llegó a conocimiento del virrey, que a la sazón lo era el Marques de Villa Manrique y fue la causa de la destitución del mando de gobernador de don Hernando de Bazán. Dio ordenes, además para que se pusieran en libertad a todos los indios cautivados de tan felónica manera.

Los mayos fueron los indígenas que en la primitiva Sinaloa no opusieron resistencia a las invasiones de conquista que sufrió su territorio, y ayudaron en mucho a la de sus vecinos los yaquis.

Depuesto Bazán del empleo de gobernador de Nueva Vizcaya, lo sucedió don Antonio de Monroy, y al retirarse el primero de la Villa de Sinaloa, dejó como capitán a don Martín Téllez, quien, sin saberse la causa, se separó enseguida del empleo. Igual conducta siguió Don Pedro de Tovar, que lo sucedió, pues poco después de nombrado, se retiró a su residencia en Culiacán. La pobreza de la región, la falta de minas productivas y quizás también la poca afluencia de pobladores, contribuían para que los pocos que habían, no estimaran provechosa la colonización de esta parte de Sinaloa; es el caso que gradualmente fueron abandonándola hasta quedar solamente cinco españoles en la villa. Estos cinco fueron Bartolomé Mondragón, Juan Martínez del Castillo, Tomás de Soberanes, Juan Caballero y Antonio Ruiz; y habiendo solicitado del Gobernador de Nueva Vizcaya se nombrara al primero capitán de la villa, fue nombrado Mondragón en el año de 1589.

Dos años después la conquista de Sinaloa se lleva a cabo bajo otros auspicios: detrás de la espada y de la bota militar, de por si duras y abusivas; en 1591 vinieron de Durango, los primeros misioneros jesuitas que pisaron el territorio sinaloense. Para recibirlos y conducirlos a la villa de Sinaloa, se nombraron a Juan Martínez quienes, en unión de algunos caciques, fueron a Culiacán con ese objeto. Al mismo tiempo el cacique de Mocorito, reunió a todos los niños indígenas que no estaban bautizados y con ellos se dirigió al rancho donde hoy se encuentra El Palmar de los Leal para que los misioneros los bautizaran. Llegaron los jesuitas a este punto, y allí, en una enramada hecha al efecto, se dijo misa, “con admiración de los indios” dice el Lic. Buelna. Los nombres de estos religiosos

fueron Martín Pérez y Gonzalo de Tapia, y dos años después de su llegada a Sinaloa, vino otro religioso de la misma orden, Juan Bautista de Velasco, a quien ya se mencionó más arriba. A Velasco se le encomendó la administración y conversión de los naturales de Mocorito, Orabato y Bacubirito, y los tuvo bajo su dirección espiritual hasta su muerte.

Según el método que sigue el autor citado para la colección de los nombres de su libro "Nombres Geográficos Indígenas de Sinaloa", Orabato debe haber estado situado al norte de Mocorito, y dice que su ubicación es ignorada. Su etimología la da de esta manera: Viene de oola, de anciano, abatoa, bautizar o echar agua, quitando la última a, con lo que el nombre termina en la posposición to, y significa: lugar donde el anciano bautizó," explicación que se hace presumir que el lugar de El Palmar de los Leal es el Orabato de los indígenas, por las circunstancias antedicha. En el mapa que trae Baltasar de Obregón en su historia, se encuentra al norte de Culiacán, el punto "Palmeturri", latinizado el nombre de El Palmar que le dieron los españoles por las muchas palmas que hay todavía en ese rancho. Por lo demás, Orabato es el único nombre indígena que por su significación corresponde al acto religioso que allí celebraron los primeros misioneros con los niños indígenas, en su entrada a la antigua Provincia de Sinaloa, habiendo conservado con los españoles el de Palmar, que aún lleva.

A estos misioneros se debe la construcción del actual templo católico de Mocorito, y seguramente también, el de la población de Sinaloa que destruyó una gran avenida del río a principios del siglo pasado. Desde entonces Mocorito fue solamente una misión, y así se le designa en los libros parroquiales de su iglesia,

hasta poco después de la mitad del siglo anterior.

Perteneció más de doscientos años a la jurisdicción de San Benito, residencia de las autoridades en tiempo de la colonia. En la región de San Benito estaba sentada la mayor densidad de población española, siendo el propio San Benito, Aguacaliente y Alhuey, los lugares que primeramente eligieron para residir, y según se colige por títulos antiguos de terrenos limítrofes a los Mocorito, en esta villa dominaba el elemento indígena, pues en la composición de esas tierras aparecen como dueños de las de Mocorito, indígenas solamente.

Los pueblos de este río, desde las primeras excursiones de los españoles, se sometieron de buen grado, y por tanto, fueron los que menos quehacer dieron a sus conquistadores en el empleo de sus armas. No sucedió lo mismo con los demás indios del norte de Sinaloa, como lo hemos visto con los zuaques y veremos con los ocoronis después. Algunos alzamientos sucedieron, consistentes únicamente en huirse de los lugares donde los hacían trabajar; por no pagar los tributos impuestos y por exigirles demasiado trabajo en las encomiendas. Pero rebeliones formales en que hicieran uso de sus armas y combatieran, no se conocen de estos naturales.

En la construcción de los templos empleaban los jesuitas los indígenas, sin remuneración alguna, o les daban una miserable gratificación que no les era suficiente para sustentarse, de modo que seguían viviendo con la misma alimentación que acostumbraban en su gentilidad, con ligeras variantes. Para mayor seguridad y estar a cubierto de posibles ataques de los naturales descontentos, los pobladores de la villa de Sinaloa juzgaron prudente poner un presidio,

dotándolo con una guarnición constante de veinticinco soldados, en 1596.

Sin embargo del fracaso de la fundación de la villa a orillas del río de El Fuerte, los españoles no se dieron por vencidos, pues en 1610 y cerca del lugar donde estuvo la primera villa, hicieron un fuerte al que dieron por nombre el de Montes Claros en honor del Virrey de este nombre y que lo dio también a la actual ciudad que formó después en sus cercanías.

**10****DIEGO MARTINEZ DE HURDAIDE,  
EL BRAZO ARMADO DE LOS JESUITAS**

**D**íaz, gobernador o capitán hasta 1599, se ausentó de la villa quedando como interino don Diego Martínez de Hurdaide hasta el siguiente año, habiendo sido nombrado, en seguida, en propiedad. Permaneció en la capitania hasta el año de 1626, en que murió. Fue un capitán valiente y prudente, y a estas cualidades se debió que obtuviera algunos éxitos en la conquista de los naturales. A sus esfuerzos y prudencia se debe la sumisión completa en aquellos tiempos de los indígenas establecidos en las riberas de los ríos de El Fuerte, Sinaloa y Mocorito, donde reprimió alzamientos y sublevaciones, algunas de poca importancia, emprendiendo, a continuación, la conquista del Norte de Sinaloa hasta el río Yaqui. Los naturales del Río Mayo se le sometieron sin combatir, y consiguió celebrar con ellos una alianza ofensiva y defensiva; convenio que siempre respetaron los mayos, aprovechando el gobernador, más tarde, sus auxilios para otras empresas de conquista.

Los indios yaquis fueron, desde las primeras expediciones de los españoles, los que más resistencia opusieron a la dominación extranjera, y aún sometidos, no despreciaban ocasión ni pretexto para demostrar a los invasores, su espíritu rebelde y altivo, su amor a la independencia y a la tendencia de evitar la profanación, por hombres extraños, de su terruño.

Poco después de los sucesos narrados, el capitán Martínez de Hurdaide tuvo ocasión de dar quehacer a sus armas: un indio natural de la villa de

Sinaloa llamado Juan Lautaro, aliado con Babilomo, cacique de los zuaques, del río de El Fuerte, se propuso hacer la guerra a los españoles, matando a estos y a los misioneros o expulsarlos de su territorio, y al efecto, a fin de contar con más elementos y hacer mas extensa la rebelión, solicitaron la ayuda de los indios mayos, los que se negaron de tomar ingerencia en la sublevación. Su propaganda la llevaron también a los ocoronis, quienes si ofrecieron secundaria; pero poco después temiendo a los españoles y a sus armas, así como a sus crueles castigos, optaron huir para el río Mayo, de donde, los ribereños de este río los repudiaron, negándoles todo refugio. Algunas familias se volvieron a Ocoroni, y los jefes de la rebelión, con otros que desconfiaron de los blancos, siguieron para el río Yaqui, donde fueron bien acogidos y auxiliados en la campaña anti-española que se propusieron.

Este fue el motivo o pretexto que decidió al gobernador Martínez de Hurdaide para hacer una campana militar en las tierras dei Yaqui; y juzgando de fácil éxito la empresa, organizó una fuerza casi insignificante, compuesta de pocos españoles y de algunos más indígenas amigos, formando un total como. de cuatrocientos hombres. Pero se le olvido tomar en cuenta el valor y arrojo de los indomables yaquis, que debía tener conocidos por sus hechos anteriores.

Al llegar a orillas del Yaqui, mando emisarios al cacique de estos indios, pidiéndole a los fugitivos y principalmente a Juan Lautaro, autor de la sublevación. El cacique Anabalutei, que era el nombre del jefe yaqui, aparentando una falsa, amistad y condescendencia para con los españoles, vino al campo de estos y ofreció al jefe blanco que estaba dispuesto acceder

a sus demandas, y que mandara a su campo algunos de los indígenas que lo acompañaban, para entregar a los refugiados a estos. De los indios que al efecto fueron enviados -dice el autor que extractamos- unos murieron a manos de los yaquis, y los demás, apenas pudieron volver a dar la noticia de tamaña traición. El capitán, que se reconocía sin elementos, suficientes para atacar, regresó a la villa, (Sinaloa) donde organizó otra partida con la mayor parte de sus soldados presidiales y mas de dos mil indios aliados, mayos y tehucos, y marchó al Yaqui, donde fue derrotado por una multitud superior a la suya, muriendo en el campo de batalla muchos yaquis, pero también muchos de los aliados de los españoles. De la cantidad de combatientes, puede suponerse la importancia del combate y por los muertos, la resistencia, valor y denuedo de los yaquis.

Es natural que tan desastrosa derrota, sin intentar el castigo, tendría que ser de consecuencias para la población española, y ahora si, tomando en consideración que los yaquis o eran, para combatir, como los demás indios, como lo han demostrado hasta nuestros días, volvió a la villa y organizó una tercera expedición, con un ejército tan numeroso como no se había visto en estas regiones.

Este ejército lo formaban cuarenta españoles y cuatro mil indios amigos, reclutados estos desde el río Mayo al Sur. Con tan poderoso contingente, el capitán se dirigió a las márgenes del río rebelde, y desde allí mando ofrecer a los yaquis paz y amistad, pero estos indómitos indios nada contestaron el día en que recibieron a los emisarios con las proposiciones que se les hacían, y, al rayar el alba del siguiente -dice el mismo autor cayeron sobre el campo con tanta intrepidez

y con tanto orden, que no pudieron resistir mucho tiempo. El capitán (Hurdaide) con los mas bravos de su ejército, sostuvo el combate con un valor heroico, mientras se recogía alguna parte del bagaje, y se ponía en marcha el resto de las fuerzas, desamparando el real, en que no era posible permanecer. Los yaquis, irritados al ver caer a los suyos, gritaban; "mata, español, que bastantes quedan para acabar contigo" "Y poco faltó para que así sucediese, pues aflojando sus ataques, para dejar que la vanguardia del ejército cristiano, compuesta de dieciocho españoles y tres mil auxiliares, se empeñase en el paso mas difícil de un bosque espeso, por donde necesariamente tenían que retirarse y cuando ya comenzaba a entrar la retaguardia sin que los primeros pudiesen retroceder, volvieron a la carga con tal furia, que luego convirtieron la retirada de sus enemigos en derrota y fuga declarada. Los indios aliados se desbandaron con precipitación. Los españoles de la vanguardia no pudieron volverlos al combate con palabras ni con golpes, hicieron frente algún corto rato; pero no podían servirse de los caballos entre troncos y malezas, ni tenían ya pólvora, de la que se habían apoderado los yaquis con los bagajes, ni alcanzaban a herir al enemigo, que evitaba los tiros oculto tras de los árboles, desde los cuales, sin embargo, él despedía lluvia de flechas. En esto, habiéndose esparcido la voz de que el capitán había muerto, aún los dieciocho, referidos emprendieron la fuga a las vecinas tierras del Mayo.

"Todo el ejército quedo entonces reducido a la retaguardia, compuesto de veinte o más soldados y algunos cien indios de los principales, que siguieron firmes al lado del capitán. De los primeros sólo nueve tendrían sus fusiles servibles, de los caballos,

algunos estaban heridos, y otros fatigados de calor y de cansancio. Con los elementos que les quedaban y haciendo prodigios de valor, en buen orden, con mucha presencia de animo y admirable puntería, se fueron defendiendo hasta ganar una pequeña altura e, que pudieron tomar algún alimento. Halláronse allí sin provisiones de boca, casi enteramente faltos de pólvora, muy cansados y muertos de sed, cercados de una tropa de enemigos, que esperaban la noche para mejor sorprenderlos y sin esperanza alguna de socorro. Pero se liberaron de perecer todos, debido a un ardid de su capitán, quien, para engañar a los indios, dio en la noche soltura a los caballos heridos y cansados, que no pudieran servir para la silla, que naturalmente habrían de correr en busca de agua y de los otros compañeros que habían quedado en el campo en poder del enemigo. Efectivamente, bajaron estos en tropel, relinchando, y fueron perseguidos por los yaquis, creyendo que por allí iban los españoles, mientras estos, dejando hogueras encendidas y de trecho en trecho algunas cosas en que se entretuviese la codicia de los perseguidores, escaparon silenciosamente por otro lado, y caminando toda la noche, se hallaron al despuntar el día en las fronteras de los mayos.

Como era de esperarse, los mayos recibieron bien a los derrotados españoles, auxiliándolos con víveres. Martínez de Hurdaide resulto con cinco heridas; en el combate no murió ningún soldado español; pero a consecuencia de las heridas, fallecieron algunos después. De los naturales aliados, murieron casi todos los que fueron a la campana, pues únicamente salieron con vida del combate, los cien que acompañaban al capitán.

Este fue el resultado de la numerosa expedición

organizada por Martínez de Hurdaide para castigar a los indios yaquis; pero sin embargo del triunfo militar tan completo y brillante, los naturales celebraron en 25 de abril de 1610, unas capitulaciones con el jefe español, en que reconocían el dominio del rey extranjero, estipulaciones que convirtieron a los vencedores en vencidos. Además se estipuló que los yaquis no volverían en lo sucesivo a molestar a los mayos, sus vecinos, y que les serían devueltas las tierras que les habían ocupado desde mas antes, así como también, que les serían entregadas las familias refugiadas con ellos, muy especialmente los caciques Juan Lautaro y Babilomo, autores principales de la rebelión. Cumplido con esto último, inmediatamente fueron sacrificados por los españoles los dos indígenas revoltosos. Desde entonces los yaquis fueron gobernados bajo un régimen casi autónomo lo que contribuyó posteriormente para que la tribu haya conservado, bien patente, un espíritu independiente que difícilmente acepta la sujeción, siendo, por otra parte la causa de sus frecuentes sublevaciones y actos de indisciplina cívica, que a menudo se observa en ellos; pero también fue el ejemplo para que otras tribus sinaloenses se sometieran al dominio español.

Los primeros jesuitas que entraron a las regiones del Mayo y Yaqui, para doctrinarlas, fueron Pedro Méndez, desde antes de 1617, y en este mismo año llegaron al río Yaqui Andrés Pérez de Rivas y Tomas Basilio.

## LA CONQUISTA DEL YAQUI

Como se ha dicho antes, en 1626 murió el Capitán y Gobernador don Diego Martínez de Hurdaide, sucediéndole en la gobernación de la provincia don Pedro de Perea. El Duque de Escalona, Virrey entonces de Nueva España, autorizó a Perea para conquistar y poblar al Norte del río Yaqui, y al efecto, en 1640, entró a Sonora, dándole desde luego el nombre de Nueva Andalucía, quedando desde aquella época separada de la de Sinaloa, pero las dos, en su régimen político, siguieron perteneciendo a Nueva Vizcaya. Al salir para Sonora don Pedro de Perea, quedó como Gobernador de la Provincia de Sinaloa, en la villa de este nombre, don Juan de Peralta y Mendoza. Según el padre Alzate, las dos provincias, Sinaloa y Sonora juntas, las llamaron en su idioma los indígenas PUSOLANA.

Desde aquella época en adelante, la conquista de Sinaloa, más que militar fue obra de los misioneros, quienes, viniendo en mayor número, fueron extendiendo su acción civilizadora por todos los pueblos de la antigua provincia, así como también fueron llegando más blancos para su colonización.

Los jesuitas reunían en determinados, lugares a los indígenas, y en ellos les impartían las enseñanzas doctrinales de su religión y de sus conocimientos en los demás ordenes de la vida.

Sinaloa y Sonora pertenecieron al Gobierno de Nueva Vizcaya hasta el año de 1734. El territorio sinaloense se componía entonces de cuatro provincias, y eran de Sur a Norte, la de Rosario o Chametla, hasta el río de Piaxtla, la de Culiacán hasta Mocorito, las de

Sinaloa y Ostimuri abarcando esta última hasta los pueblos del río Mayo. Su capital o residencia de los poderes políticos, fue la Villa de Sinaloa. Las provincias eran gobernadas por Alcaldes Mayores, y su primer gobernador fue don Manuel Bernal Huidobro. Tan luego como este señor tomó posesión del gobierno, se registró una sublevación de los naturales de Baja California, y para reprimirla tuvo que salir para la península. En este mismo tiempo, los jesuitas del río Yaqui tenía dos mayordomos que daban muy mal tratamiento a los indios que trabajaban en sus posesiones, y muy inconformes por ello, pedían al Alcalde Mayor de Ostimuri y Yaqui, que lo era don Manuel de Quiroz y Mora, que los quitase y pusiera en su lugar mayordomos de su nación. Los jesuitas defendían a sus mayordomos, oponiéndose a los justos deseos de los indios, por cuyo motivo se armaron disputas y escándalos, siendo el Alcalde Mayor el que sacó la peor parte, pues vencido por la influencia de los jesuitas, don Manuel Nicolás de Mena, que había sucedido temporalmente en la Villa de Sinaloa a Huidobro, lo depuso del empleo, lo puso preso y lo sacó de su jurisdicción con un par de grillos. Por su parte los indígenas, considerando fundadamente que su mal no se remediaba, acordaron nombrar una diputación de entre los suyos, para que fueran a la ciudad de México a exponer sus quejas y solicitar el cambio que deseaban. Pero tales providencias fueron también inútiles, porque habiendo permanecido dos años en México sus representantes, regresaron a sus tierras sin haber conseguido ni esperanzas para el remedio de sus males.

Copiamos lo que dice el Lic. Buelna sobre esta sublevación: "A ese tiempo se hallaba de regreso en

la Villa de Sinaloa el Gobernador Huidobro, quien con las tropas que llevó para reprimir a los rebeldes, se hizo fuerte en la Hacienda de los Cedros de Lucenilla, frontera del Yaqui; pero noticioso de que iba a ser atacado por considerable número de enemigos, desamparó el punto, retirándose en la noche para Álamos, paso que le valió una acusación ante el gobierno virreinal. Allí, con más seguridad pudo tomar providencias, y entre ellas la de mandar situar en la frontera de Tecoripa al Sargento Mayor de Milicias don Agustín Vildósola, quien tuvo la fortuna de derrotar a los indios en dos ataques que le dieron, quedando estos bien escarmentados en el último, que fue muy sangriento.”

Los indios que habían regresado de México encontraron la rebelión en pujanza y deseosos sinceramente de sosegar a los de su nación, solicitaron y consiguieron el permiso para pasar al campo de los rebeldes y ponerlos en paz. Lograron este propósito y consiguieron salvar la vida de no pocas personas que estaban en poder de los rebeldes, entre ellos el cura de Baroyeca, que estaba designado para morir el día siguiente. Sin embargo de tan buena acción, Vildósola, que sucedió a Huidobro en 1741, logró tomar presos y pasó por las armas a los principales jefes indios, Calixto, Muni y Bernabelillo.

Hojeando la historia antigua,  
autoría del señor Ignacio Elenes Gaxiola,  
se diseñó e imprimió en Creativos 7 Editorial.  
Se imprimieron 1000 ejemplares  
más sobrantes para reposición.  
Culiacán Rosales, Sinaloa, México,  
enero 2010